SERAFIN Y JOAQUIN ALVAREZ QUINTERO

1871-1938



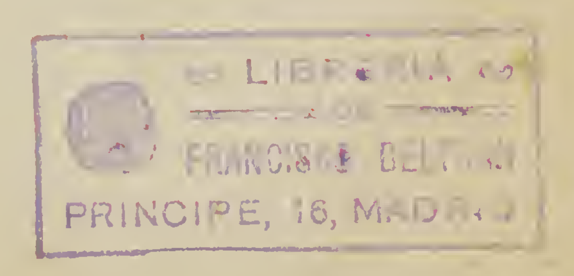
FIESTAS DE AMOR Y POESIA

FIESTAS

DE

AMOR Y POESÍA






SERAFÍN Y JOAQUÍN
ÁLVAREZ
QUINTERO
FIESTAS
DE
AMOR
Y
POESÍA
MANUEL MARÍN
EDITOR
BARCELONA


MANUEL
MARIN
EDITOR

Al lector

Nunca nos pasó por la imaginación que los trabajos aquí reunidos llegaran á formar un volumen y á llevar un título general tan altisonante. Cuál más, cuál menos, todos ellos son hijos de las circunstancias, y no creemos que tengan más valor que el que ellas pudieron oportunamente prestarles, y el de haber nacido al calor de nobles sentimientos. Sin embargo, el editor opina de distinto

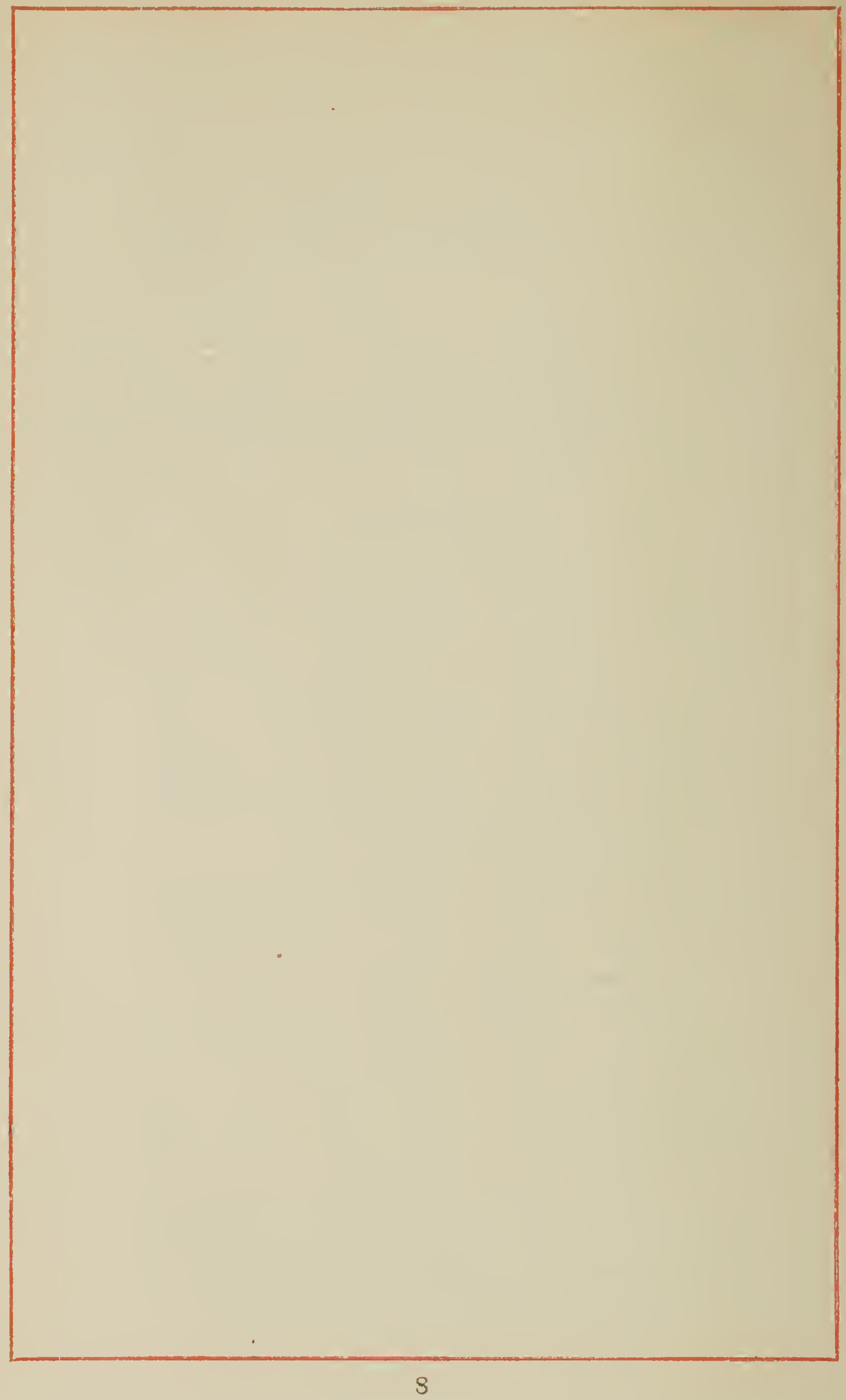
modo, y no ha sido posible resistir más tiempo á la persistente amabilidad con que ha solicitado nuestro permiso para publicar este tomo.

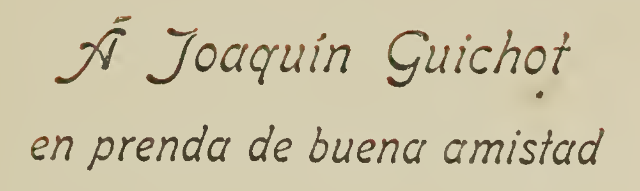
Él y nosotros debemos encomendarnos á tu benevolencia y buen juicio.

S. y J. A. Q.

DISCURSO

Leído en los Juegos Florales celebrados por el Ateneo y Sociedad de Excursiones, de Sevilla, en el teatro San Fernando, el día 25 de abril de 1910.





Á Joaquín Guichot

en prenda de buena amistad

Serafín y Joaquín

Á LA REINA

Reina por la hermosura; reina de ella;
reina del arte; reina triunfadora;
reina de Amor, que amores enamora;
reina de luz, que junto al sol descuella;
reina del cielo, porque sois estrella,
y de los campos, porque sois aurora;
reina del mundo, porque sois ahora
reina en Sevilla, la ciudad más bella:
permitid que á un palenque de oradores
subamos sin palabra: honor que abruma
á quien probó la miel de otros honores.
Y concedednos, como gracia suma,
que por verla orgullosa entre dos flores,
á vuestros pies pongamos nuestra pluma.

Hemos querido saludaros en verso, reina y señora, porque el prestigio de la rima ampare la modestia de nuestras palabras y vele un tanto la emoción que este acto nos produce, y

muy singularmente por considerar que es el verso, aunque sea como el nuestro pobre y tosco, la forma del lenguaje en que con mayor delicadeza cabe expresar sentimientos é ideas, y la más apropiada por lo mismo para hablar desde la tierra mirando al cielo.

El consentimiento y la venia que os pedimos, vemos ya en vuestros ojos que se nos dan por gracia. Una vez más sois reina: reina de la bondad. Y esta bondad, que resplandece en torno vuestro como blanca aureola, se confunde en el aire diáfano con la luz de los ojos de vuestras damas, ojos que para deslumbrar no necesitaban estar en rostros tan bellos, y ofusca y ciega, y hace imposible á quien lee estos renglones, seguir leyendo de frente al trono. Así, pues, forzoso es mirar á otra parte, en donde la luz, siquiera sea tanta como aquí, no esté tan cerca de la vista.

Oíd, pues, perdonándonos esta involuntaria descortesía, y sabed de antemano que cuanto vais á oir fluye naturalmente de nuestro corazón por Sevilla, de quien sois reina en estos momentos, y para Sevilla, que os trajo entre las flores de una primavera desde Cádiz, y os hizo sevillana, porque no quería que vuestra belleza faltase entre las de sus hijas. Y sabed, en fin, si ya no lo sabéis, que nuestro río Guadalquivir,

ensalzado y glorificado por la musa de cien poetas, este famoso río, que copia en sus aguas el cielo, que corre entre frondas donde cantan los ruiseñores, que pasa deleitándose por huertos floridos, que roba en sus brisas el aliento de los naranjales cercanos, va hacia el mar tan aprisa, tan aprisa, desde que oyó cantar á un pescador que junto al mar nacisteis.

Y esto dicho, vamos á hablar con todos.

Es raro el orador profesional que no comienza su peroración diciendo así con modesto aire, y como para tranquilizar al auditorio:

— Señores: Yo no voy á hacer un discurso.

Y luego lo hace.

Nosotros, en tribuna de oradores ahora, nos hallamos en caso distinto; pues aunque juremos al empezar que vamos á hacer un discurso, seguros estamos de no hacerlo. No pidáis, pues, á este trabajo composición armónica, ni á sus palabras estudiada coherencia: con la espontaneidad y el desorden que nazcan en nuestro corazón las irá escribiendo nuestra pluma.

Acaso por primera vez, amigas y amigos — consentid á nuestro temor que dándoos este nombre estimulemos vuestra benevolencia, — acaso por primera vez sustituye en este lugar

y ocasión á la palabra hablada la palabra escrita. Y por primera vez también, sin acaso, quiso vuestra malaventura, al par que nuestra suerte, que en el puesto donde debiera estar una personalidad ilustre en España, como cuantas en años anteriores, honrándose á sí mismas, honraron esta fiesta solemne, se hallen ahora dos poetas modestos.

Sevilla, representada por el Ateneo en su fuerza juvenil é intelectual, nos llamó bondadosamente. Era el honor muy grande para no sentirse halagado y atraído por él; pero era al mismo tiempo muy alto para que lo aceptase uno solo de los dos, siendo tan humildes. Era la alegría muy pura para no querer compartirla el uno con el otro. Son nuestras fuerzas muy escasas para no tener que juntarlas en una sola fuerza, ante la magnitud del empeño. He aquí por qué, aunque es uno solo el que lee, somos dos los que hemos escrito.

Este caso de que la obra que aparece como de uno sea de dos, á vosotros, como á tantos, os causará sorpresa y curiosidad. Para nosotros, sin embargo, es cosa transparente y sencilla. Nuestra colaboración pudiera decirse que es innata. Y en fuerza de pensar, y de sentir, y de crecer, y de caminar, y de reir y de llorar siempre juntos, hemos llegado á creernos á

pies juntillas que somos uno nada más. Es claro que la realidad nos advierte en las naturales ocasiones que somos dos. Pero en honor de la verdad somos uno. Hace unos instantes, ya por ciega costumbre, al referirnos á nuestros corazones, hablábamos de nuestro corazón.

Si lo que producen nuestros dos espíritus al chocar y al unirse fuera por dicha alguna vez algo semejante al fuego y á la luz, podríamos compararnos á los carbones de un arco voltaico, que aislados el uno del otro son materia inerte; pero que al más leve contacto dan la chispa, que es luz y es fuego. Mas ¡ay! que como está muy lejos de tal belleza lo que al choque de nuestros espíritus nace, hemos de reducir nuestra comparación á otros términos muy distintos, aunque la comparación sea plebeya: en lugar de ser dos carbones somos dos gitanos, que jamás se reúnen para nada bueno. Dicho sea esto en un sentido puramente literario.

Lo que no se nos alcanza es que el Ateneo, al trocar este año en los Juegos Florales al orador por el escritor, haya pensado en nuestro nombre y no en otros nombres. ¿Por qué se acordó de los discípulos primero que de los maestros? No es esto censura en modo alguno — ¡Dios nos libre! — No es sino extrañeza

que no debemos ocultar, que nuestro sentimiento nos lleva á confesar lealmente, y nuestra admiración y cariño por los que, siendo maestros de muchos, lo fueron nuestros al echar de niños por la vereda literaria, nos obliga á declarar desde aquí.

Así Montoto, el tierno y delicado poeta, os hablaría cautivándoos con su vasto saber del mundo y de los libros, y os hablaría con aquella pluma castiza y galana, todo claridad y nobleza, que no se arredra de conversar con Don Quijote y Sancho en los campos manchegos inmortales. Y Rodríguez Marín os habría embelesado seguramente con la magia atractiva de su ingenio puro, de su ciencia profunda; con la fina miel de sus madrigales, clásicos al nacer; con la flora inmensa de los cantares españoles, que él supo cultivar como nadie. Y Cano y Cueto, en lenguaje ardiente y robusto, os enseñaría, acariciando vuestra alma sevillana, cómo detrás de cada piedra derruída y de cada rincón pintoresco y de cada muro de hiedra vestido, hay en Sevilla una leyenda poética de reyes justicieros, de damas abrasadas por el amor, de caballeros locos ó de brujas endemoniadas. Y Díaz Martín, en quien la musa popular tiene un elegido, os contaría en amena conversación bodas y bautizos y velatorios y zam-

bras y fiestas y romerías, y traería consigo el copioso caudal de los piropos andaluces á la boca, á los ojos, al garbo, al donaire, al andar, á la gracia de las sevillanas; caudal ya tan abundante y rico que sólo es comparable en número á las estrellas de los cielos. Bien es verdad que, con todo y con ser tantos y tan lindos, esta tarde serían pocos aquí.

Y áun pudo el Ateneo hacer más bello el caso en esta primera ocasión en que la pluma toma el lugar á la palabra. Blanca de los Ríos, la ilustre escritora, que funde en un solo amor el de las letras castellanas y el de Sevilla, bien pudo ostentar aquí sus privilegiados títulos de artista, de mujer y de sevillana.

No seguiremos esta enumeración, comenzada apenas, bien á nuestro pesar; pero, comprendedlo, señores, si hemos de nombrar uno por uno á cuantos escritores sevillanos tienen mayor merecimiento que nosotros para ocupar este puesto de honor, va á cerrar la noche antes que acabemos.

Cien nombres quedan; presentes en vuestra memoria están todos; no hay, pues, que repetirlos, para no cansar vuestra atención. Pero habéis de saber que también omitimos alguno, no ya tan sólo por el temor á vuestro cansancio, sino por alguna íntima circunstancia par-

ticular. Por ejemplo, el culto y exquisito Laffón, todo sutileza é ingenio, al venir aquí os hablaría, seguramente, de una comedia nuestra, y os hablaría bien. El citarlo nosotros mismos, ¿no parecería tal vez interesado é inmodesto? Sin duda ninguna.

Ello es, en fin, que el Ateneo, en cambio de un escritor que valga por dos, ha preferido traer á dos que no valen por uno. Quizás intentó realzar nuestros escasos méritos; tal vez quiso que probáramos en una ocasión más nuestro amor á Sevilla. Una y otra consideración le hacen acreedor á la más profunda gratitud. En cuanto á nosotros, sólo pensando en que fué nuestro cariño á esta tierra bendita lo que aquí nos trajo, hallamos justificada nuestra presencia.

Y basta de preámbulos ya, no vayamos á parecernos á esos guitarristas llevados por gala á una fiesta, que se pasan dos horas templando la guitarra para luego tocar cinco minutos.

¡Sevilla! ¡ciudad querida! ¡madre espiritual! ¡cuna de nuestros sueños de niños! ¡nido de nuestros tempranos aleteos de poetas! ¡encantado lugar en donde recibieron nuestras frentes las primeras caricias de la gloria, turbando

nuestras almas infantiles y llenándolas de locas quimeras!... No desde sitio y puesto tan alto como éste, sino desde el apartado rincón en donde pusimos el telar de nuestra fantasía, muchos años ha que pretendemos ser tus mantenedores; tus defensores.

Si cerca de ti se te quiere como á una novia enamorada, lejos de ti se te recuerda y ama como á una madre. Y la nostalgia de tenerte lejos avivó y encendió nuestro cariño, y nos pintó con nueva claridad cuánto vales y cuanto bello encierras en tu recinto luminoso. Y fué nuestro mayor orgullo copiar tus calles alegres, tus misteriosos patios, tus huertos floridos; y fué nuestra mayor ilusión infundir en todo ello un soplo de tu alma; y fué nuestra mejor alegría que rodando las pobres copias por el mundo adelante, traspasaron los mares inmensos, y arribaron á lejanas tierras, donde la fortuna ó la desgracia, el azar, en fin, llevó á millares de hermanos nuestros que por la tierra en que nacieron suspiran, y donde á otros hermanos unidos á ellos por la sangre y por el vínculo más fuerte aún del idioma, les hablan de una madre inmortal, y estremecimos sus corazones con el reflejo pálido de estos huertos y de estos patios y de estas calles y de esta alma, y sentimos llegar hasta la nuestra el

cálido halago de su gratitud. Jamás aplauso más lejano sonó más cerca en nuestros oídos.

Y si esto que decimos os pareciera tal vez inmodestia, ved que no lo es. Primero, porque la verdad no es inmodestia nunca; y segundo, porque cuando se copia con amor á una mujer hermosa, torpe ha de ser la mano, tosco el pincel, pobre la paleta y ciega la vista, para no dar siquiera en el cuadro una sombra de la belleza del modelo.

¿Qué hay en ti, Sevilla, que te hace singular en el mundo? ¿Qué hay en ti, que quien no te vió nunca te desea, y enamoras á quien te ve, y quien te ve y te deja sueña en volver á verte? ¿Qué fuerza espiritual es la tuya, que así á todos cautivas y atraes? ¿Qué aura del cielo se mezcla en tu aire, que así los sentidos embelesa? ¿Qué luz te inunda y te corona? ¿Qué secreto encanto tienen tus mujeres, tu cielo, tus flores y tus campos?

Tienen ellos y tienes tú... poesía y gracia.

Una y otra se hallan en ti por donde quiera, y en todo sitio y ocasión reinan y palpitan.

Tu gracia es la suma y esencia de toda la gracia. La Gracia se enamoró de ti, y te hizo suya en un altar de luz y de amor. Gracia es en ti primero que nada esa tu natural inclinación á todo lo bello y alegre; gracia es en ti ese tra-

bajar de tus obreros y de tus campesinos y de tus mujeres, con risa y bondad en el alma, venciendo la fatiga y esfuerzo materiales entre burlas y coplas; gracia es en ti ese desenfadado menosprecio de las cosas del mundo, que alegró mil veces hasta los sangrientos campos de batalla; gracia es en ti la fanática adoración de imágenes que simbolizan el misterio divino, y que no serían tan adoradas si fuesen menos bellas; gracia es en ti la arrogante originalidad de tus costumbres; graciosas son tus casas, llenas de silencio y reposo; graciosos tus jardines espléndidos, recreo de los sentidos, y los patios de tus corrales pobres, donde cada vaso roto ó cacharro inservible se convierte por obra de tu instinto del arte en maceta florida; graciosos son tus campanarios rientes; graciosas tus calles, tortuosas y estrechas, llenas de inesperados encantos, de rincones secretos, de vivos contrastes de sombra y de luz como los que ofrecen las sevillanas al abrir y cerrar los ojos.

¡Las sevillanas! Genuina encarnación de la gracia en lo que tiene de más espiritual, impreciso y alado. Gracia que no está sólo en su hablar dulce y hechicero; ni en su mirar de luces infinitas, de cambiantes fugaces; ni en su risa de plata, fresca y burlona, que llama y detiene á la vez; ni en su andar ingrávido y

donairoso; ni en la innata elegancia de sus ademanes, ya cuando al hablar pintan con las finísimas manos lo que dicen ó se recogen un rizo suelto, ya cuando siembran en sus cabellos una rosa, ya cuando juegan coquetonamente con el venturoso abanico; gracia que no está en nada de ellas y que vive en todo; gracia tan sutil, imponderable y única, que porque el nombre de gracia era insuficiente á definirla hubo que crear una palabra más expresiva y llamarle *ángel*.

Tu hablar también, Sevilla, es el hablar gracioso por excelencia; pero no de la gracia que se busca en el artificio de las palabras, sino de la que nace de lo íntimo de la expresión y estriba en un modo peculiar de ver y sentir ante las cosas.

Tal vez sea la hipérbole la figura que más juega en tus labios. Es lógico y natural que así sea. ¿Acaso esta tierra de María Santísima no es una hipérbole de Dios? ¿No son hiperbólicos, por diminutos, los lindos pies de las sevillanas? ¿No son sus ojos una hipérbole de la luz? Nuestros claveles, coronas de las azoteas, ¿no son hiperbólicos también? ¿Se vieron de su pompa y fragancia en parte alguna? El mismo sol, cuando llega el mes de agosto, ¿no exagera un poquito? Pues en una tierra en que

hasta el sol es exagerado, ¿qué mucho que la hipérbole se enseñoree de la expresión? Así hay quien diga, por ejemplo, al encontrarse con una mujer de largas pestañas: *En las pestañas de esa mujé se pué tendé ropa.*

Y con la hipérbole comparte el imperio de la palabra la comparación, fruto sazonado del ingenio andaluz. El andaluz si no compara no habla. Y cuando su imaginación no le da con presteza la comparación que él desea, apela á una de las miles ya consagradas por el uso: *Más largo que un día sin pan, más feo que una noche e truenos, más soso que una mata de habas,* etc., etc. Pero generalmente suele dársela, certera y oportuna. Nosotros conocemos á una dama que, al mirar á una señorita de pocas carnes y muchísimos trapos encima, exclamó: *¡Ay, qué niña! ¡parese un dedo malo!*

Lo más preciado, sin embargo, de la gracia hablada no reside ni en la comparación, ni en la hipérbole, ni en ninguna otra determinada forma, sino en esa condición característica del andaluz, que le lleva instintivamente, sin pensar en ello, por impulso natural de su espíritu, á poner sal y fuerza pintoresca en todo lo que habla. Gracia es ésta que no se estima nunca por quien la dice, como tal; que no pretende

ni busca para sí aplauso alguno; que tiene la frescura de lo espontáneo; que nace porque sí, aun en las situaciones más graves y serias. Gracia es ésta, de la que puede daros una idea el cuentecillo tan vulgar y repetido de aquel gitano á quien llevaban á la horca montado en un burro, y el cual, viendo que hostigaban al pollino para que anduviera más aprisa, se volvió al muchacho que lo hostigaba y le dijo así como quien á la vez reprende y suplica: *¡Niño, no le hurgues mucho, que no vamos á ninguna boa!*

Si no existiera esta gracia tan ingenua y poco presuntuosa, no sería tan antipático y desagradable como es el tipo del gracioso de profesión que todos padecemos.

Otra manera de la gracia sevillana, muy simpática, porque revela un gran patriotismo, está en la jactancia un poco pueril con que creen los hijos de esta tierra que han nacido en la mejor del mundo. Tienen razón para creerlo, claro es; pero no es nuestro propósito demostrároslo ahora, sino sólo hablaros de esto que pudiéramos llamar graciosa arrogancia andaluza. Escuchad este caso, que cuando no os hiciese gracia alguna, lo habréis de perdonar y aun ha de halagaros, porque va en loor de muy altas glorias sevillanas.

La escena es en Madrid. Un sevillano, residente en la corte, recibe en la estación del Mediodía á un su amigo que viene de otras tierras y que no siente—¡infeliz!—gran admiración por Sevilla ni por Andalucía, cosa que sabe á ciencia cierta el sevillano. Nuestro hombre, á quien llamaremos el forastero, entumecido de la forzosa quietud del largo viaje, tiene ganas de andar y le propone al sevillano entrar en los Madriles, que él desconoce, dando un buen paseo. El sevillano acepta gustoso y echan á andar.

Apenas salen de la estación, enfilan el paseo del Prado, y nuestro paisano, iluminado por repentina idea, dícele á su amigo:

— Ya que trae usté deseo de sacudí er cuerpo y estirá las piernas, desde aquí to seguío vamos á yegá hasta la Casteyana.

— Andando — contesta el forastero.

A los pocos pasos, uno y otro se paran á mirar una estatua, igual á la que hay en Sevilla delante de nuestro Museo de Pinturas. Y el sevillano exclama:

— Este es Muriyo. ¡Muriyo! ¡Nadie! ¡No sabía pintá! Sólo que tenía muy buenas relasiones, y rifaba los cuadros y le compraban las papeletas por influensias. — Y en seguida añade como quien le pone un defecto al gran pintor: — ¡De Seviya!

Siguen adelante, y á los diez pasos más dan con otra estatua. El sevillano detiene al forastero y le dice:

—¡Velázquez! ¡Er pobre Velázquez! Cuando se murió corgó en una arcayata la paleta con que pintaba, y no ha nasío toavía ningún afisionao que la descuergue. ¡De Seviya!

Sonríe el forastero, que se da cuenta de la situación y principia á sentirse molesto por el tema, continúan su camino, y al pasar por la fuente de la Cibeles, le pregunta al sevillano con sorna:

—¿De Sevilla también, amigo?

—¡De Seviya! — contesta el hombre con admirable aplomo. — ¿No está usté viendo que es una mujé guapa?

Enzarzados en una discusión sobre Sevilla, llegan al edificio de la Biblioteca y Museos nacionales.

— Fíjese usté — le dice el sevillano á su amigo, — fíjese usté en esos dos hombres de piedra que están sentaos en la primera mesetiya de la escalera.

—¿Don Diego Tenorio y el Comendador? — interroga el forastero amoscado.

— También esos dos son de Seviya; pero no son esos. Pican un poquito más arto. El uno es Arfonsito X — er Sabio le desían por ponerlo

en ridículo, — *hijo adortivo* de Seviya; y el otro... el otro no es más que San Isidoro, ¿sabe usté? ¡De Seviya! Y además arsobispo, por si se le ofrese á usté arguna cosa.

Ante la impertinente jactancia del sevillano, salta el forastero:

— Pero, oiga usted, ¿estamos en Madrid ó en Sevilla?

— Estamos en España — contesta el otro; — pero donde suena España, suena Seviya. ¡Que no se le orvíe á usté ese encargo! ¡Seviya! ¡Ya lo está usté viendo por las estatuas! ¡Seviya! ¡La capitar de Andalusía! Porque sigue usté andando to seguío, y se da usté de cara con Cristóbar Colón, que si no es por la provinsia de Huerva se quea en seco; y luego con Castelá, que era de Cádiz, y después con er Gran Capitán, que era de Córdoba.

— Bien, bien — replica el forastero, deseando echar por otro camino, — eso es porque he llegado por la estación del Mediodía. Si entro por la del Norte...

— Si entra usté por la der Norte — interrumpe el andaluz con viveza — á los sinco minutos de paseo yega usté ar Parque del Oeste, y ayí está en marmo don Federico Rubio, que era der Puerto, y en marmo también, y jurándole á don Pedro Velarde que no

va á dejá un fransés vivo, don Luis Daóiz: ¡de Seviya!

El forastero no quiere oirlo más y pretextando ya un poco de cansancio se despide del de Sevilla y toma un coche. Por su desgracia, el cochero es de Sevilla también.

Hemos dicho, Sevilla, que tienes gracia y tienes poesía, y que por ellas eres singular en el mundo.

¡Poesía! ¡Don de esencia divina, aliento de Dios, flor de luz sembrada por Él donde quiera para hacer á los hombres dichosos! El poeta la recoge en sus rimas, el pintor en sus cuadros, el músico en sus notas aladas, el artista, en fin, en su obra, si ésta ha de ser bella. Todos también la vemos lucir y la sentimos palpitar en el silencio de los campos tranquilos, en el rugir de los mares, infinitos como su Creador, en la inmaculada blancura de las cumbres gigantes, en la reveladora solemnidad de los crepúsculos, en las estrellas de la noche callada... Y el rocío en las flores al amanecer, y el temblar de los nidos en las ramas, y el brotar del agua en la roca, y el dormirse plácidamente en los lagos, y el secretear del aire en los bosques y en las enramadas, también son poesía... Poesía son y todos sabemos comprenderla. Pero

hay otra poesía, no menos bella por más escondida y oculta, flor también delicada y preciosa, que no nace en el mar ni en la tierra, sino en los corazones, y que entre lágrimas ó entre risas irá siempre donde los hombres vayan. Flor impalpable de aroma sutil, que brota al calor de los eternos besos de las madres, mitad oración, mitad caricia, que abre sus hojas al aire de los suspiros ruborosos de las muchachas, y que regamos todos con nuestro sudor ó con nuestra sangre.

Subid á un palacio, y allí la encontraréis en los sueños locos de una princesa; bajad á la sala de un hospital, y la hallaréis en la desesperanza del que muere, y en el anhelo del que espera vivir, y en la mentida alegría de quien se ve forzado á fingirla ante un pedazo de su alma; asomaos á esa calle desierta, y la veréis en los labios y en los ojos de dos enamorados; corred á una cárcel oscura, y la sentiréis en las canciones de los presos, hondos alaridos de pena ó gritos alegres, esperanza de pronta libertad; id al campo en la primavera, y ella saltará en el canto ingenuo de un zagalillo; id en el ardiente verano, y sorprendedla en la mozuela que arrima un cántaro lleno de agua á los labios de un segador, que de sed se abrasa; contempladla en los ros-

tros de los pescadores, que al amparo de sus velas se van mar adentro, llevando siempre sobre sí la tremenda amenaza de lo desconocido; y en la novia llorosa y trémula que despide al novio que á la guerra se va; y en la otra que enloquece de júbilo y aletea como una paloma porque su novio de la guerra vuelve; y percibidla, en fin, y miradla por vuestros propios ojos, por encontrarla aún más allá de la muerte misma, en las desgarradoras inscripciones de los sepulcros pobres. ¡Poesía del corazón! ¡Vives en la risa y en el dolor, tienes luz del día y sombras de la noche, y eres, para quien sabe hallarte, fresca brisa que orea la frente y beso de amor y de consuelo!

Pues bien: de esta poesía del corazón, de esta impalpable flor de sutil aroma, hay en Sevilla, tierra de sentimiento, una perenne primavera; como la hay asimismo de aquella otra poesía menos oculta de las bellezas naturales. Y de la una y de la otra, exaltadas por la fuerza sentimental y soñadora de este pueblo, de esta raza andaluza, brotan espontánea y graciosamente los divinos cantares, ridículos y bárbaros á veces, casi siempre bellos y pulidos, y siempre llenos de expresión y de alma.

Quiere este pueblo dormir á un niño en la cuna, y canta:

Á dormir va la rosa
de los rosales;
á dormir va mi niño
porque ya es tarde.

Quiere celebrar la hermosura y pureza de una mujer, y dice:

Tan sólo en el mundo hay una
con quien poder compararte,
y la encontré, por fortuna,
pintada en un estandarte.

Quiere descubrir la honda firmeza de un amor que parece secreto, y exclama:

Dises que no la quieres
ni vas á verla;
pero la vereíta
no cría yerba.

Quiere llorar la temprana muerte de una linda mocita, y tiene para ella este lamento:

¡Presiosa claveyinita
yevada ar pie de la sierra!
¡Qué lástima de carita
que se la coma la tierra!

Quiere ser más delicado y profundo poeta que todos los poetas juntos, y llora de este modo la muerte dolorosa de la tierna clavellinita:

Se murió, y mi pañuelo
se lo puse por la cara,
por que no tocara tierra
boquita que yo besaba.

Y esta poesía, que en las coplas tiene su más concreta y pura expresión, pasa en Sevilla por entre nosotros rozándonos con sus alas invisibles en todo lugar y á toda hora. Cuando sintáis un estremecimiento de vuestro ser, inefable y recóndito, buscadla en derredor, que cerca de vosotros va la poesía, ya en los pliegues airosos de la falda de una muchacha, cuyo rostro ríe, cuya frente sueña, ya en dos miradas cuyos ojos no veis, pero que en un punto del espacio chocaron, ya en el andar torpe y silencioso de una viejecita.

¡Una viejecita! No hemos de fatigaros con innumerables ejemplos de esta íntima poesía de que os hablamos; pero escuchad uno de entre mil, ya que acude oportunamente á nuestra memoria. Fué años atrás, y en una solitaria calle. Salió á nuestro paso una viejecita menudilla, morena, limpia. En la mano, tostada y seca, llevaba cogido por el largo tallo un clavel fragante y pomposo, como destello y símbolo de juventud en aquella humana ruina. Nos lo quiso vender, le preguntamos qué valía, y al conocer el precio torcimos el gesto burlo-

namente. La viejecita, entonces, sin voz apenas, mirándonos á los ojos con los suyos abrillantados en aquel instante, nos dijo invocando de esta manera nuestra caridad:

—Lo vendo pa comé.

¡Lo vendía para comer! ¿No es verdad, poetas, que hay en esta sencilla escena un cantar muy bello? ¿No es verdad que en la salida de la arrugada viejecita de su casa, en la mano el clavel fragante, hay un ingenuo y delicado poema? ¿No es verdad que en la historia de la viejecita y del clavel hay una linda historia? Evocad su hogar, pobre y mísero: la maceta en que el clavel ha de criarse es allí la esperanza de oro. ¡Oh! ¡si el hielo lo quema ó si el sol lo abrasa! ¡Cuánto cuidado y atención tuvo que consagrarle la viejecita, y con qué afán lo vió crecer y abrirse en el tallo á la luz, y con qué temblor en las manos lo cortó al fin un día y salió á la calle á venderlo para comer!... Si aquella viejecita de negros ojos nos hubiera hecho la pregunta que le hizo á Bécquer la mujer de los ojos azules, le habríamos contestado lo mismo: «Poesía eres tú.»

Los aficionados á los epílogos en las historias sepan que aquel clavel fragante y pomposo fué á morir en las negras trenzas de una preciosa sevillana.

Porque tienes estos tesoros de la poesía y de la gracia, Sevilla, eres melancólica y sentimental y eres alegre. Cultívalos, recréate en ellos, no los pierdas nunca, que ellos son tu esencia, tu vida y tu alma, y ellos te dan tu corona de reina en el mundo.

No se debe caminar en la vida sin una esperanza, sin una fe, sin un ideal. Eres elegida de Dios y hacia Dios debes ir; pero los pueblos que van hacia Dios no son los que se duermen rezando, sino los que trabajando rezan. ¡Adelante, Sevilla! Bella eres, pero puedes y debes serlo más; eres rica y grande también, pero también puedes y debes ser más grande y más rica. Mírate al espejo de lo que fuiste, como mujer hermosa que no se cansa nunca de mirarse, y enamorada de ti misma, trabaja por realzar tu hermosura con nuevos encantos é incentivos. Estimulada por tu gloriosa tradición, camina hacia adelante.

Trabaja, Sevilla, trabaja y muestra al mundo todo lo que eres; realiza el ideal de cultura y bienestar de los pueblos modernos, sin dejar por eso de ser muy sevillana; antes al contrario, afianzando en cada paso que des y en cada muro que levantes tu fuerte y avasalladora originalidad.

Tu espíritu es grande, tu corazón entero y

sano, tu aliento poderoso: saben tus hombres como ningunos de la tierra alegrar su trabajo; porque trabajan cantando y riendo, con gracioso desenfado y donaire, sin jactancia, sin malhumor; no como quien recibe en el trabajo un castigo del cielo, sino como quien naturalmente cumple su objeto en la vida. Teniendo tanto, Sevilla, ¿qué más quieres? Nadie como tú para dominar y vencer.

Pon en ejercicio la fuerza interna que te anima, fuerza de alegría y de salud, y desmiente la torpe leyenda que infama tu nombre, pintándote como un pueblo de borrachos y de holgazanes; y al igual que tu río, que puede ser tu mejor espejo; al igual que tu río ensanchando su cauce y dilatando sus orillas, á la vez que copia en sus aguas más cielo trae hacia ti la fecunda actividad del progreso humano, ensancha tu horizonte material é ideal, segura de que al ensancharlo, como el río sus márgenes, verás también más cielo y más luz.

Sólo una observación vulgar y ligera, fiada no más en apariencias harto engañosas, ha podido considerarte como un pueblo indolente y vicioso. Ahoguemos entre todos esa bochornosa leyenda, trabajando como trabajamos y cada día con mayor ahinco. Y procuremos remediar también, estudiándolos serenamente,

los males y tristezas ciertos, por desdicha, que han dado lugar á que se hable y se escriba de lo que se llama la Andalucía trágica; la Andalucía miserable y enferma; la Andalucía de los campos dormidos é infecundos; la Andalucía de los labriegos hambrientos y menesterosos; esa Andalucía que ya quieren algunos llevar al arte, y que primero que al arte vaya, como el arte puede consagrarla como una dolorosa realidad, debemos poner todo nuestro amor y todo nuestro esfuerzo en que desaparezca.

Estas son, Sevilla, nuestras últimas palabras en esta fiesta de Patria, de Fe y de Amor. Acógelas, no por lo que valen, sino por el cariño con que se te han dicho. No sea sólo la calumnia de lo que siempre quede algo: quede también de aquello que se dice latiendo en el corazón la verdad.

Y á nosotros, tus humildes hijos, tus rendidos cantores, que vivimos lejos de ti, pero que por ti y para ti trabajamos, déjanos que todos los años, después que en el almendro asome la primera flor y antes que vuelva á cruzar tu cielo la primer golondrina, vengamos á ti, cada vez más enamorados de tu hermosura y más ilusionados con tu grandeza. Déjanos recorrer ansiosamente tu recinto querido, y déjanos por gracia que en huertos y jardines, patios y co-

rrales, rincones y azoteas, cojamos cuantas flores hallemos al paso y necesiten nuestra ambición y nuestro amor, para ir á echarlas todas como ofrenda á ti, allí donde tienes tu más preciado símbolo: al pie de la torre á un tiempo cristiana y mora; de la torre que coronamos con la fe; de la torre de encajes de piedra, prodigio del arte; de la torre que te vigila y guarda; de la torre que como á una mujer se recuerda y evoca; de la torre gallarda y gentil; de la torre firme y apuesta y airosa y alegre y señoril y majestuosa y soberana; de la torre sueño del sol, recreo de la luna, amor de las palomas, veneración de todos; de la torre única: ¡la GIRALDA!

Madrid, marzo, 1910.

CUATRO PALABRAS

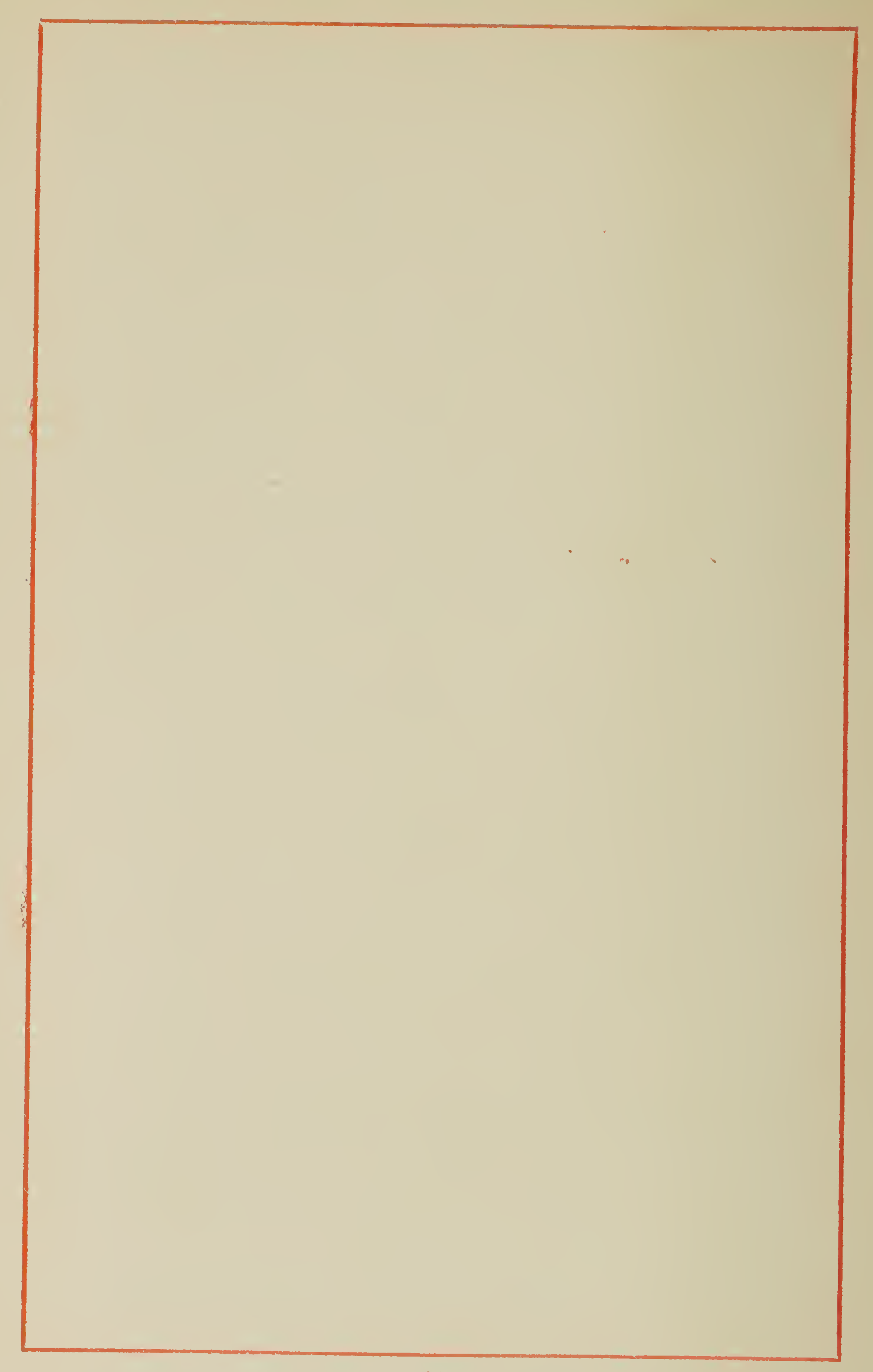
APROPÓSITO

Estrenado en el teatro de la Comedia, de Madrid, el día 15 de enero de 1909, en función á beneficio de las víctimas de los terremotos de Sicilia y Calabria.

Á Lucía Monti de Villegas

noble iniciadora de la fiesta
de caridad que dió origen
á este apropósito.

S. y J. Álvarez Quintero



REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
LA ABUELA. . .	Irene Alba.
CARMEN	Nieves Suárez.
LAURA.	Conchita Ruiz.
FELISA.	Mercedes Pérez de Vargas.
LA MODELO. . .	Adela Carbone.
PABLO	Manuel González.
DON OTÓN . . .	José Santiago.



CUATRO PALABRAS

Estudio de pintor de Pablo, en Guadalema

Aparece Pablo copiando á la Modelo, que está vestida caprichosamente.

PABLO

¿Te cansas?

MODELO

Poca cosa.

PABLO

Ahora descansaremos un rato.

MODELO

Hoy estamos trabajando mucho.

PABLO

Es que quiero terminar esto hoy mismo.

MODELO

¿Hay comprador en puerta?

PABLO

No. Pero con motivo de la inundación de La Puebla, se están organizando aquí en Guadalema dos ó tres fiestas de caridad. Todo el mundo trata de contribuir á ellas con lo que puede, y yo, que no dispongo de más riqueza que mi trabajo, he ofrecido un lienzo.

MODELO

¿Y va á ser éste?

PABLO

Éste, ó ese otro. Luego vendrán á verlos don Otón Areneros y sus hijas. Si les gusta éste, éste se llevarán. Y si prefieren ése, lo mismo. Todo mi estudio he de ponerlo á su disposición.

MODELO

¿Todo?

PABLO

Mujer, si te eligieran á ti, ya sería cosa de exigir condiciones; ¿no te parece?

MODELO

Se está hablando de las pinturas, don Pablo.

PABLO

¿Y qué más pintura que tú?

MODELO

¡Qué fino está el tiempo!

PABLO

Descansa un poco, y de camino sal á ver quién es, que creo que han llamado.

MODELO

Será la Abuela.

Se va y vuelve luego, seguida de la Abuela, efectivamente. La Abuela es una vieja andaluza. Pablo, mientras, enciende un cigarrillo.

PABLO

Pues, señor, no hay como trabajar con entusiasmo para que salgan bien las cosas. Estoy contento.

MODELO

¿Ve usted como era ella?

ABUELA

Aquí estoy ya. No me diga usté na, que usté verá lo que me ha pazao. Se sienta.

PABLO

Dios te guarde, mujer. Si te llego á esperar para que me fueses por el almuerzo, me luzco.

ABUELA

No me riña usté, que estoy estrozaíta. ¿De dónde dirá usté que vengo?

PABLO

¿De dónde?

ABUELA

¡De La Puebla!

MODELO

¿De La Puebla, abuela?

ABUELA

¡De La Puebla, hija mía! ¡De vé los dezastres de la inundación!

PABLO

¡Qué locuras haces! ¿Y has ido sola ó con tu marido?

ABUELA

¡Ocurrencia es! ¡Mi marío tiene á estas fechas otra inundación en er cuerpo; pero es de vardepeñas! ¡Mar fin tenga er vino también!

PABLO

¿Y qué has visto en La Puebla tú?

ABUELA

¡Un horró, don Pablo, un horró! Como no zé leé la relación que traen los papeles, quería mirá con miz ojos lo que ha pazao. ¡Un horró! Inundaciones grandes ha habío en La Puebla — porque paece que Dios lez ha echao una mardición á aqueyos infelices, — pero como esta no he conocío ninguna.

PABLO

Espantosa dicen que ha sido; es verdad.

ABUELA

To lo que usté ze imagine es poco: er pueblo entero está arrazaíto. Me enteré anoche de que unos vecinos iban á dí esta mañana en un carro á repartí limosnas, y les pedí que me yevaran. Y fuí con eyos. Y tos zon más pobres que las ratas, no ze pienze usté, pero como zon

güenos zaben compadecé á los desgraciaos. Y el uno cogió unos zapatiyos de zu hijo; y el otro una manta de zu cama; y el otro una carguita e leña; y el otro una jarrita e leche... Ca uno lo que tenía, zeñó... Y yo, como no tengo más que la boca pa charlá y pa dá bezos, ayá me fuí zegún estoy, y los labios traigo doloríos de bezá á tanta criaturita dezampará.

PABLO

Tranquilízate, mujer, tranquilízate.

ABUELA

Déjeme usté que me dezahogue. Esta noche zueño yo con aqueyos escombros y aqueyas ruinas. Y repare usté en lo más grande, zeñó: y entérate tú, niña, también, pa que veas lo que ez er mundo pícaro. La Puebla en zana paz ez un reñiero. No hay ni dos perzonas que bien ze quieran: el arcarde está á matá con er cura; er cura quiziera vé corgao al arcarde; er médico no ze yeva bien ni con er boticario; er juez ze pelea con zu zombra... El único que está cayaíto ez er maestro escuela, porque ze murió de flato hace tres mezes... ¡Ayí nunca ha habío más que riñas á toaz horas!... Y zin embargo de ezo, azome usté la cara por ayí, y verá usté cómo después de esta desgracia

tos paecen hermanos... tos ze abrazan yorando... tos van á una... ¡Y á mí me da mucha rabia, don Pablo, y ze me parte er corazón de pena, de penzá que tengan que vení estas calamidaes y estas lágrimas, pa que parezcamos hermanos loz unos de loz otros!...

PABLO

¿Y qué le vamos á remediar, abuela? Así es el mundo, y no lo vamos á arreglar tú ni yo.

ABUELA

Porque no nos ponemos á eyo. Diga usté que me concediera á mí er Padre Eterno un rato e palique, y ya veríamos zi ze arreglaban ó no ze arreglaban las cozas.

PABLO

A ver: ¿qué le dirías tú al Padre Eterno?

ABUELA

Pos miste: lo primero, que á vé zi quitaba los conzumos. Después, que á vé zi hacía que toa el agua de la inundación ze la tragaze de un zorbo eze zeñó banquero que no ha dao más que diez reales pa las vírtimas. Después, que acabara con la política, que to lo trae revuerto. Después, que á los borziyos de los ricos les

hiciera unos agujeros pa que ze les fueran cayendo las moneas; que ya las recogeríamos los pobres. Después, que en vez de nacé uvas en las viñas, nacieran panes. Y zi es que está enamorao de laz uvas, y tiene mucho empeño en que nazcan, que güeno, que nazcan, pero pa tomarlas con quezo na más; y á to er que intente pizá una que lo deje cojo. Y después... después que me quitara de encima zezenta años, pa plantarme en quince y quearme como una roza... y que vorviera á hacerme el amó mi marío, y decirle que no. To ezo y mucho más le pediría yo ar Padre Eterno en menos que ze lo digo á usté.

PABLO

Pues, mira, quizás te hiciera caso.

MODELO

Es posible. Don Pablo, voy á abrir, que ahora sí que deben de ser don Otón y sus hijas. *Vase.*

PABLO

Sí, sí: vé.

ABUELA

¿Vienen zeñoras?

PABLO

Dos ó tres muchachas.

ABUELA

Entonces, con permizo de usté, pegaré á la paré la Venus; que no la vean las niñas. Lo hace.

PABLO

Es verdad, sí.

ABUELA

Esta ez otra. ¡Lo disparatao que está er mundo! Yegan cabayeros, y er desnúo de la Venus ze quea en zu zitio: yegan zeñoras, y hay que pegá er desnúo á la paré. ¡Lo naturá zería ar contrario! Porque zi hay pecao...

PABLO

Calla: no disertes. Salen don Otón y sus hijas Carmen, Laura y Felisa. Los sigue la Modelo. Pasen á honrar mi estudio las bellas hijas del insigne orador, y el insigne orador.

CARMEN

¡Oh! Pablo. ¿Cómo va?

PABLO

Bien ¿y usted, Carmen? ¿Y ustedes?

LAURA

Muy bien; gracias.

FELISA

Perfectamente; gracias.

PABLO

¡Mi querido don Otón!

DON OTÓN

¡Mi querido artista! Le sorprenderá á usted que haya entrado con el sombrero puesto.

PABLO

No; ¿por qué? El pasillo está frío...

DON OTÓN

La explicación es otra. He entrado con el sombrero puesto, para quitármelo. Porque yo, siempre que entro en un templo, me descubro.

PABLO

Es usted la suma amabilidad. Siéntense ustedes, si hallan dónde.

CARMEN

¡Qué disparate! Primero vamos á curiosear.

LAURA

¡Claro!

PABLO

Poco hay que ver ahora. Ahora y siempre.

FELISA

Pues este cuadro es bien bonito.

PABLO

Más bonitos son los ojos que lo están mirando.

FELISA

¡Oh! ¡Qué galante!

LAURA

¿Y este paisaje de tamaño natural, es algo precioso?

CARMEN

¿Y este lienzo vuelto, qué es?

PABLO

Chafarrinones de un discípulo.

DON OTÓN

Hombre, hombre, veámoslo: que siempre son considerables los primeros tanteos de la juventud.

PABLO

Á don Otón.

(Le advierto á usted que es un desnudo de mujer.)

DON OTÓN

(¡Ah, caramba!) Por más que cuando el chico lo ha vuelto, sus razones tendrá. Y á la sombra del mérito crece la modestia. Respetemos, pues, la de este Goya en ciernes. Desde ahora aprovecha cualquier distracción de las niñas para ver él por su cuenta el desnudo.

CARMEN

¿Y cuál es el que va usted á regalar para la función?

PABLO

Éste: si les parece bien. Y si no, ese otro.

CARMEN

¡Cualquiera de los dos! ¡Ya lo creo!

LAURA

¡Ay, éste es lindísimo!

FELISA

¡Lindísimo! ¿Verdad que es lindísimo, papá?

DON OTÓN

¿Cómo?

CARMEN

El cuadro este, que es precioso.

DON OTÓN

Voy á empaparme en él, y entonces emitiré mi juicio. Porque todo cuadro, como toda obra de arte, obedece á un criterio, á una escuela, á una idea, á un temperamento, etc., etc. Voy á empaparme, digo..

CARMEN

Pues á mí sin empaparme me gusta mucho.

PABLO

Es que su papá de usted, como hombre de extensa cultura, es muy *analítico*.

LAURA

Demasiado *analítico.*

Todos callan, y miran el cuadro, esperando la sentencia del sapientísimo don Otón.

DON OTÓN

Bien, bien, bien... Hay, hay... Tiene, tiene... Revela... Está, está, está... Tiene, tiene... Hay... Bien, bien...

ABUELA

Á Pablo.

(¿Tarda mucho en empaparze este zeñó?)

PABLO

(Calla ahora.)

ABUELA

(Porque yo ya estoy zudando de oirlo.)

DON OTÓN

Al considerar una obra de arte como la presente, se me ocurren tres observaciones, las cuales á su vez me sugieren tres comentarios cada una.

CARMEN

(¡Ay, Dios mío!)

DON OTÓN

Es decir, que tenemos por el momento tres observaciones y nueve comentarios.

LAURA

Huelgan los comentarios, papá.

DON OTÓN

¿Tú qué sabes? La primera observación, mi admirado artista, puede dividirse en dos observaciones más.

FELISA

Déjate ahora de distingos.

DON OTÓN

En dos observaciones más. Primera de primera.

CARMEN

Mira, papá, eso es un *camarote*.

DON OTÓN

¿Cómo un *camarote?*

FELISA

Ten en cuenta que hay prisa, papá.

LAURA

Que tenemos que hacer muchas cosas.

CARMEN

Y sobre todo, que el cuadro es un primor y á todos les va á parecer lo mismo. De manera que vamos á tratar del mejor modo de ofrecérselo al público.

PABLO

¿No se había hablado de una rifa?

LAURA

Sí, señor.

FELISA

Y para mí es lo más acertado.

CARMEN

Y para mí también. No hay como la rifa.

LAURA

Es lo que dará más productos.

FELISA

Y lo más simpático.

CARMEN

En uno de los intermedios de la función, que

se celebrará en el teatro Principal, se le exhibe al público, y papá dice entonces cuatro palabras á propósito de él y explicando la rifa. ¿No opina usted, Pablo?

DON OTÓN

¿Vuelta á insistir sobre lo mismo? Ya hemos tratado en casa de esto, Carmencita, y sabes que me opongo resueltamente á decir eso que llamáis cuatro palabras.

PABLO

¿Por qué? ¿Pues quién mejor que usted sabrá decirlas en Guadalema?

DON OTÓN

Agradezco la lisonja, querido Pablo. Pero póngase usted en mi lugar: me tasan el tiempo, porque han discurrido un programa larguísimo, con canciones y bailes y qué se yo qué, y sólo me conceden cinco minutos para que diga esas cuatro palabras. ¿Usted cree que yo puedo decir esas cuatro palabras en cinco minutos?

PABLO

Sí, señor: por largas que sean.

DON OTÓN

Lo voy á convencer á usted de que se halla en un error crasísimo.

CARMEN

Papá, papá...

DON OTÓN

El discurso, conforme á las leyes de la oratoria, se compone de cuatro partes; á saber: exordio, proposición, confirmación y peroración. Exordio es aquella parte en que se prepara al auditorio; proposición, aquella en que se propone el asunto; confirmación, aquella en que se prueba, y peroración, aquella con que se concluye. Yo siempre arranco en la peroración un murmullo de simpatía.

CARMEN

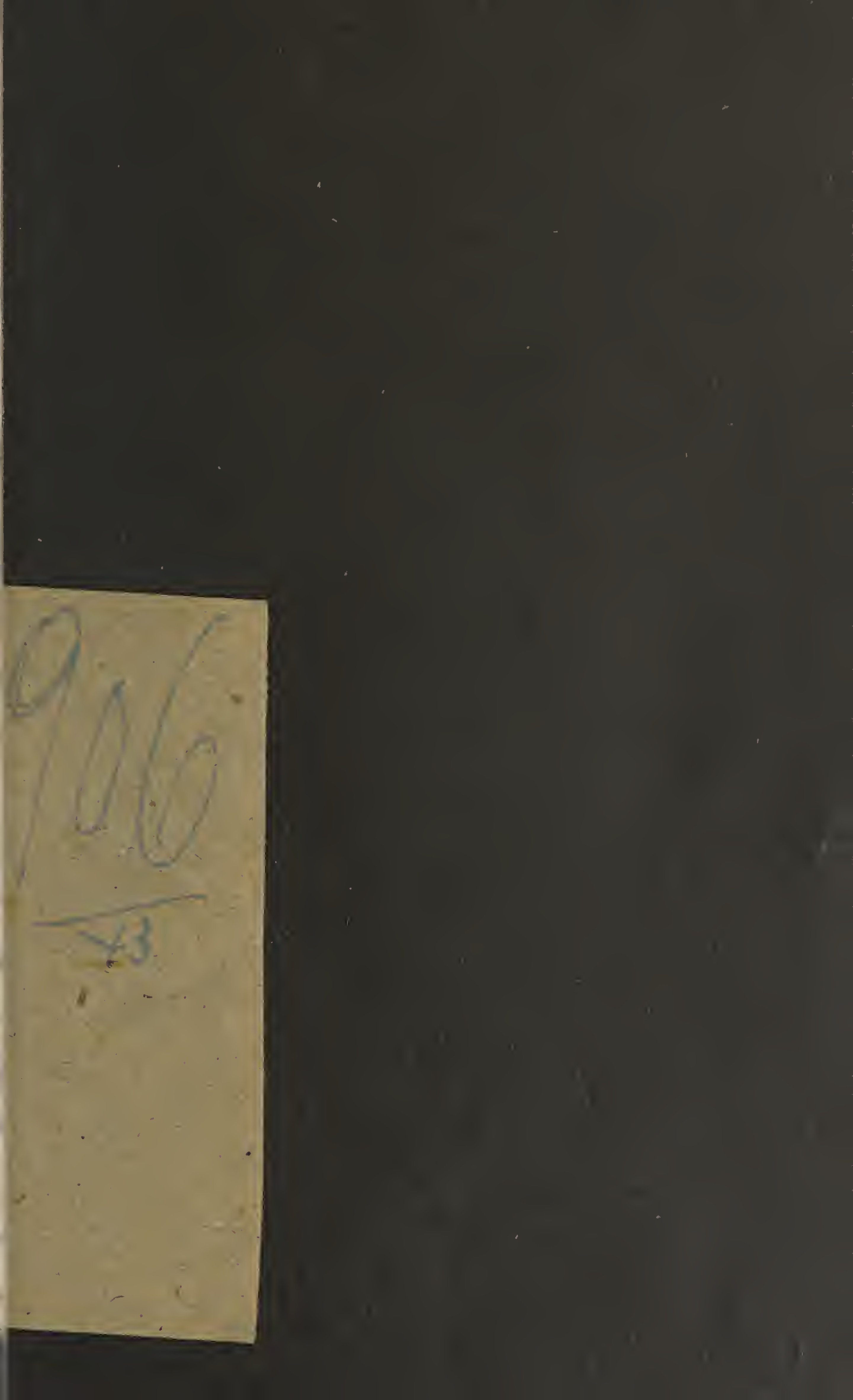
Papá, no seas *plúmbeo*.

PABLO

Pero si no se trata de un discurso, querido amigo.

LAURA

Eso le decimos nosotras. No son más que cuatro palabras.


916
43

DON OTÓN

¡Y dale con las cuatro palabras! Yo hasta el chocolate lo pido con exordio, proposición, confirmación y peroración. ¿Quién es capaz de encerrar en cuatro palabras todo el vasto tema que se pretende encomendarme? Analicemos. ¿De qué se trata? De una fiesta de caridad. ¿Qué es caridad? Un sentimiento humano. ¿Cómo prescindo de un poco de historia de la humanidad? Sería una falta imperdonable. ¿Qué forma afecta en este momento concreto esta caridad? La rifa de un cuadro. ¿Por qué se rifa?

ABUELA

¡Por papeletas ó por bolas, digo yo!

PABLO

¡Silencio!

DON OTÓN

Se rifa porque ha habido un artista generoso. ¿Y quién no le dedica algunos párrafos al artista en cuestión, á su idiosincrasia, á su escuela y á sus maestros? Y al hablar de los maestros del artista, por pocas alas que yo tenga, heme de remontar á la historia del arte. ¿Qué menos, no es verdad? Pues fíjese usted en lo que tenemos para dicho en cuatro palabras: historia de

la humanidad; historia del arte; sentimiento de la caridad; concepto vulgar de la caridad, de la humanidad y del arte; concepto mío del arte, de la humanidad y de la caridad; relación entre la caridad y el arte, y relación entre el arte y la humanidad.

ABUELA

Pero, zeñó, ¿to ezo es menesté pa decí que ze rifa un cuadro? Porque á mí ze me figura que bastaba con un letrero.

LAURA

¿Ves á lo que te expones, papá?

DON OTÓN

¿Quién es esa mujer ignorante?

PABLO

Una pobre vieja que me arregla el estudio, y á la cual debe usted dispensar ahora. Yo se lo suplico.

DON OTÓN

Dispensada. ¿Pero usted estará de acuerdo conmigo en lo tocante á la materia del discurso?

PABLO

Completamente.

DON OTÓN

Pues bueno: si eso pienso del fondo, ¿qué no diré respecto de la forma? ¿Usted no sabe cuáles son, en buena oratoria, las formas propias del que raciocina?

PABLO

No, señor.

DON OTÓN

¿Que no lo sabe usted?

PABLO

No, señor.

LAURA

Ay, ay...

DON OTÓN

Pues son las siguientes: antítesis, concesión, epifonema, expolición, gradación, paradoja, símil ó comparación, sentencia, prolepsis, revocación, reyección y transición.

ABUELA

(Y mientras acaba yega otra inundación.)

PABLO

Admirable, don Otón, admirable. Hará usted muy bien en no transigir con la rutina.

DON OTÓN

Usted es un hombre de talento.

PABLO

¿Qué tiempo necesita usted para decir esas cuatro palabras?

DON OTÓN

Dos horas, condensando mucho.

PABLO

Pues ó que se las concedan á usted, ó no abra usted su pico.

DON OTÓN

Ni más ni menos.

FELISA

Ya lo convenceremos en casa.

DON OTÓN

Estáis frescas.

CARMEN

Adiós, Pablo. Y mil enhorabuenas.

PABLO

Adiós, Carmen. Muchísimas gracias.

LAURA

Adiós. Los pobres inundados le agradecerán á usted su generosidad.

FELISA

Adiós.

PABLO

Vayan con Dios.

DON OTÓN

Siempre que me voy del estudio de un artista se me ocurren tres consideraciones, que á su vez...

FELISA

Anda, papá, anda...

DON OTÓN

Adiós, Pablo; no han de dejarme en paz. Detesto la prisa. Ya lo dijo el latino: *festina lente:* apresúrate despacio. Adiós.

PABLO

Adiós, don Otón.

Se van el papá y las niñas, seguidos de Pablo.

ABUELA

Á la Modelo.

¿Tú has visto nunca un hombre más pezao?

MODELO

Lo que quiere es lucirse y nada más.

ABUELA

¡Jezús con er tío! Ze ha figurao que en lugá de rifarze er cuadro ze rifa é.

Vuelve Pablo.

PABLO

¡Ave María Purísima! ¡No sé cómo lo aguantan en su casa!

ABUELA

Ezo estábamos diciendo acá.

MODELO

¿Y echará el discurso?

PABLO

¡Ca! Soy yo el primero que se opone.

MODELO

Me alegro.

ABUELA

Y yo también me alegro.

PABLO

No es preciso saber tanta retórica ni pedir dos horas de atención para adelantarse á un público y decirle sencillamente: Al público. Señoras: señores: una espantosa desgracia aflige en estos momentos á un pueblo hermano. La caridad, que vive en los corazones de los buenos, oculta como planta modesta, sale á luz estos días, y ofrece sus flores abundantes. Por algo en el crudo invierno hay rayos de sol, y hay fresco rocío en el ardoroso verano. Cada uno da lo que tiene y puede: el rico sus monedas de plata y de oro; el pobre sus besos y sus lágrimas; el labrador sus mieses; el jornalero su jornal... Escriba el poeta dramático, que sus farsas se representarán, trocándose en realidad verdadera de amparo y de ternura; representen los comediantes, que sus voces, y sus risas, y sus canciones, sonarán como alegre música allí donde todo es desconsuelo; pinte el pintor, y su mano será bendita... De la ofrenda de un cuadro de un pintor nació esta fiesta de caridad. ¡Dichoso mil veces ese cuadro! Dormía en el estudio esperando como sus

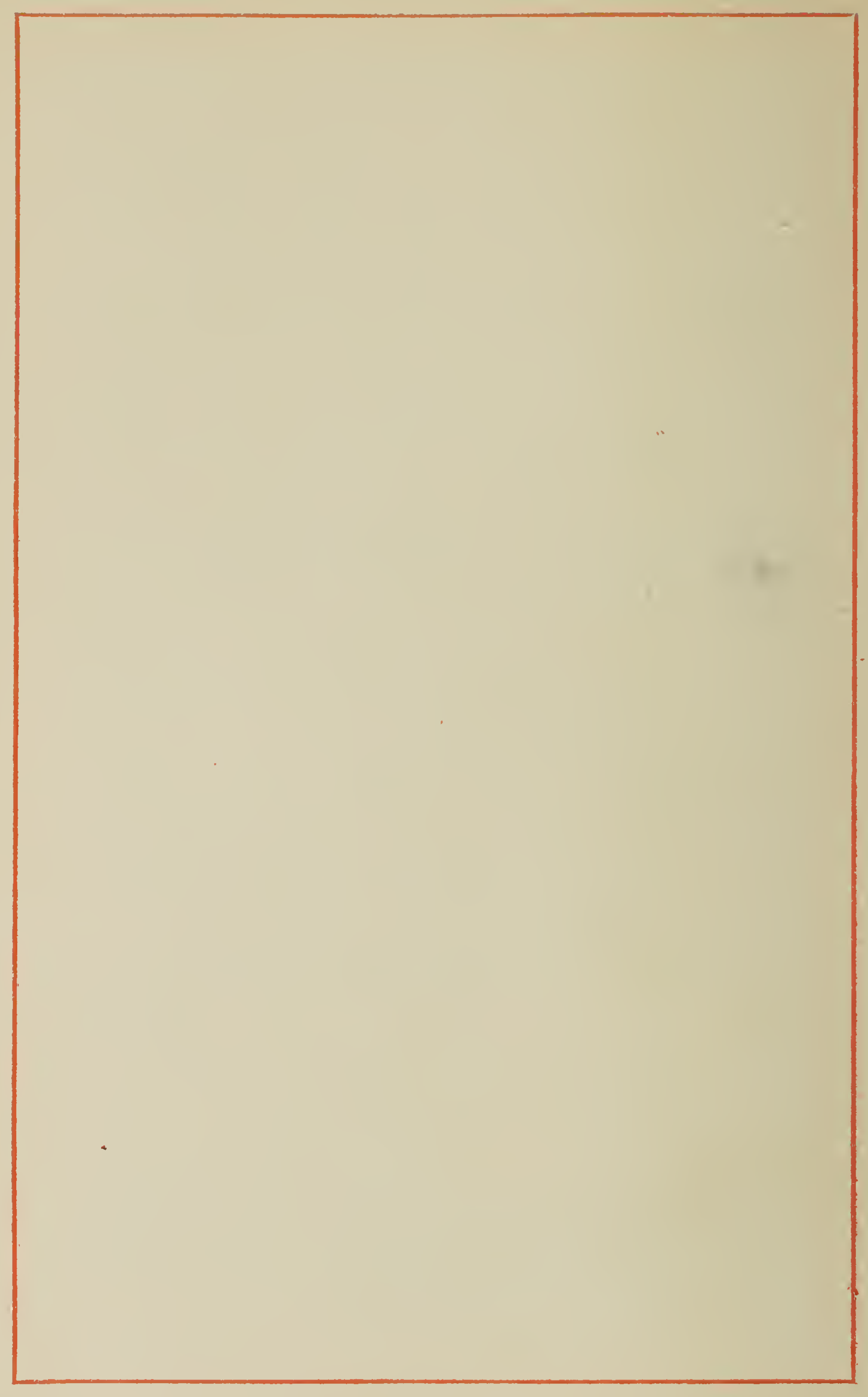
hermanos su ignorado destino. Pero tuvo suerte entre todos. Pudo ir al palacio de un magnate que lo mostrara con orgullo; pudo ir á un museo, con una rama de laurel; pudo venderse y revenderse de mano en mano, sin hallar en ninguna cariño bastante á retenerlo. ¡Feliz él, que ha de ir á una de vuestras casas! Conseguido por suerte, siempre se le mirará con amor y con simpatía; logrado en una fiesta de caridad, siempre le acompañará el recuerdo de un sentimiento noble. Y si por ventura en la casa donde haya de ir hay niños que la alegren, cuide el padre de mostrarles este cuadro con preferencia á todos, aunque por su mérito fuere inferior á los demás; por que aprendan en él los niños que el arte es siempre generoso y que ni para el amor ni para el dolor hay patrias diferentes...

Y esto dicho, pido perdón para los autores de este apropósito, y va á celebrarse la rifa que ha dado ocasión á estas CUATRO PALABRAS.

Madrid, enero, 1909.

CARTA Á JUAN SOLDADO

Representada por María Guerrero y Felipe Carsí, en el teatro de la Princesa, de Madrid, el 16 de diciembre de 1910, en función organizada para enviarles aguinaldos á los soldados de la última campaña de África.



CARTA Á JUAN SOLDADO

El Memorialista está sentado á su mesa. María Josefa, vieja andaluza, se acerca á él.

MARÍA

Don Jozé, Dios le guarde.

DON JOSÉ

Hola, María Josefa. ¿Qué hay por aquí tan de mañana?

MARÍA

Pos que er zeñó Cura, que me escribe las cartas pa mi hijo tos los jueves, está malito con dolores rumáticos en los dos deos de la pluma — que también es cazolidá, — y yo penzaba yegarme en ca der maestro de escuela pa zuplí zu farta; pero mi cuñao, que hoy no estaba borracho — que también es cazolidá, — me aconzejó que viniera á usté, que tiene una

letra española mu bonita y mu clara; porque pa escribirle á un probecito zordao que está en er moro, dice mi cuñao que ninguna letra es mejó que la letra española. ¡Que también es cazolidá que tenga usté la letra española!

DON JOSÉ

Yo la tengo cosmopolita: según er gusto der que me paga. ¿Traes er pliego?

MARÍA

Zí, zeñó; aquí lo traigo.

DON JOSÉ

¿Y er sobre, lo traes?

MARÍA

Er zobre y er zeyo. Menos la pluma lo traigo to.

DON JOSÉ

Plumas yo tengo aquí.

MARÍA

Pero no zon de gayina, como las que gasta er zeñó Cura.

DON JOSÉ

Porque yo no tengo gayinas. ¡Je! Vamos á la carta. Tú dirás.

MARÍA

Empiece usté aquí arriba arriba; que er zeñó Cura ziempre deja dos deítos en blanco, y es coza que me choca mucho.

DON JOSÉ

Dírtame lo que quieras.

MARÍA

¿Cómo?

DON JOSÉ

Que me dirtes.

MARÍA

¿Qué?

DON JOSÉ

Que me digas lo que he de ponerle á tu hijo.

MARÍA

¡Ah! Vaya usté escribiendo. «Mi queridízimo

Juan de mi vía, de mi zangre, de mi corazón, de mi arma y de to lo mío.»

DON JOSÉ

No corras tanto.

MARÍA

Como er principio nunca lo tengo que penzá, por ezo me zale tan de gorpe. «Juan, de lo que me dices de que ya estás güeno, tú no zabes la alegría que nos ha entrao á tu padre y á mí. A tu tío — ya tú le conoces er flaco — demaziá alegría. Ze alegró, como zi en vé de un zobrino, ze le hubieran puesto güenos los cinco que tiene. No te rías, Juaniyo.» Póngazelo usté azín, que á é le hace gracia. «Juan, de lo que me dices que ya recibiste la camizeta, hijo mío, yo hubiera querío mandarte dos; pero el año está malo, er trabajo farta, y no te digo más, Juan; ya tú me entiendes. Juan, hijo mío, esta que te escribo es pa decirte, Juan, que en er pueblo la otra noche, Juan de mi arma...»

DON JOSÉ

¡Van cuatro Juanes en un momento!

MARÍA

Usté escriba con zu letra española y no ze

meta en flores; que entre una madre que tiene á zu hijo en er moro y un hijo que ze yama Juan, tos los Juanes zon pocos.

DON JOSÉ

Bien, bien; sigue.

MARÍA

«Juan, como te iba diciendo, la otra noche, en er teatro der pueblo, echaron una función pa reuní dinero pa mandárzelo á los probecitos zordaos que van á pazá la Nochegüena tan lejos de zus cazas. ¡Dios ze lo pague ar que lo ha discurrío y á tos los que fueron ar teatro! Tos ze han comportao mu bien. Yo estaba en la cazuela, y me pazé la noche yorando. Zabrás, Juan, que el hijo de don Migué Carmona, que es poeta, leyó un verzo en eza función; y nombró á tos loz hijos der pueblo que están ahí contigo, y dijo una coza que á mí ze me ha quedao grabá. Juan, hijo mío, dijo que la bandera española tiene dos colores: er coló del oro y er coló de la zangre: y que zi ustedes derraman en la guerra zu zangre, que es un coló de la bandera, lo menos que deben hacé los de acá es derramá zu oro y mandarles toíto er que puean, pa que la bandera esté completa. Juan, ¡lo que lo aplaudieron! Dicen que er

verzo va á zalí en er diario en Zeviya. Yo te lo mandaré zi zale. Zabrás, Juan de mi arma, que esta función le ha gustao á to er mundo menos ar boticario, que ya zabes tú der pie que cojea y la mala lengua que tiene, y lo bien que ha dirigío la guerra, y los moros que él ha matao desde la rebotica.»

DON JOSÉ

¡Mu bien!

MARÍA

¿Le paece á usté bien?

DON JOSÉ

¡Mu bien!

MARÍA

Pos ziga usté escribiendo. «Zabrás, Juan, que á cuenta de esto de la función, hay toas las noches en la rebotica inzurtos, gritos y hasta palos. Porque dice er boticario, porque lo ha leío no zé dónde, que en Ruzia están mejó que en España; y dice er juez, que era coza de mandarlo á Ruzia er mes que viene, y mandarlo zin capa.»

DON JOSÉ

¡Mu bien!

MARÍA

Mu bien, pero no ze me ponga usté nerviozo, que no va á escribí claro.

DON JOSÉ

Sí escribo, sí.

MARÍA

«Juan, esto te lo cuento pa que te alegres. Zabrás, Juan, de como ar boticario le han pegao anoche una paliza, porque ze atrevió á decí en la Plaza Nueva que renegaba de España y de los españoles y que ojalá y no hubiera nacío en España.»

DON JOSÉ
Continuando la escritura.

«¡Con lo contentos que estaríamos tos, si él hubiera nasío en otra parte!» Esto lo pongo yo por mi cuenta y riesgo, María Josefa.

MARÍA

¡Mu bien! ¡Ahora zoy yo la que dice mu bien! «Juan, er papé ze acaba, hijo mío. Muchos

recuerdos de tos los de caza, y de Manué Martínez, que ayé me dió muchos pa ti, y de Alonziyo er ciego, y de Carmencita la gitana, y de Remedios, y muchos recuerdos de Juan er de la Confituría, y de Tomatera er de los griyos...»

DON JOSÉ

¡Qué se acaba er papé!...

MARÍA

Encoja usté la ortografía. «Y de Jozeliyo er panadero, y de zu padre, y de zu hija, y de la vecina de enfrente, que ha estao mu malita la probe; y tú recibe er corazón y la zangre, y los bezos, y laz entrañas, de esta tu madre que lo es, y que está dezeando verte, y que zueña toas las noches contigo, Juan de mi arma,

María Jozefa Campo.»

¡Ay, Dios mío! ¡Probecito é! ¡Qué Nochegüena más triste va á pazá tan lejos! ¿Usté zabe la direrción?

DON JOSÉ

Sí. La escribe.

MARÍA

Viendo que va á guardar la carta en el sobre.

¿Qué va usté á hacé ahora?

DON JOSÉ

A serrá la carta.

MARÍA

No, no; toavía no.

DON JOSÉ

¿Por qué?

MARÍA

Porque antes tengo yo que darle muchos bezos.

DON JOSÉ

Vaya, pos dáselos.

MARÍA

Ahora no. De aquí ar correo, á mi pazo, tardo yo media hora en yegá. Le doy los bezos á la carta cuando yegue ayí... y azí me hago yo la iluzión de que los recibe mi Juan media hora antes. Con Dios, don Jozé. *Pagándole.* Tome usté lo zuyo.

DON JOSÉ

Anda con Dios, María Josefa.

MARÍA

Al público.

Cartas que van y que vienen,
pedazos del arma zon,
de las madres que ayí tienen
pedazos der corazón.

LA COPLA ANDALUZA

Trabajo leído en el Ateneo, de Madrid, el 17 de abril de 1910, en velada dedicada á la «Copla popular española».

LA COPLA ANDALUZA

Óyeme lo que te digo:
te ha de haser malas partías
el amigo más amigo.

Así dice la *soleá*, señoras y señores; y el amigo más amigo á quien la referimos ahora es el presidente de esta Sección, que nos ha jugado, por cierto, lo que se llama una partida serrana al obligarnos á hablar aquí de la copla andaluza.

Cuantos medios pusimos en juego para librarnos discretamente del compromiso se han estrellado contra su bondadosa obstinación y su autoridad; porque como al mismo tiempo que presidente de la Sección de Literatura en el Ateneo es alcalde en Madrid, nos ha pasado con él lo que á Peneque con el alcalde de su pueblo:

— A mí me llaman Peneque,
señor alcalde: ¿qué haré?
— Vaya usté con Dios, Peneque,
que yo lo remediaré.

Y la partida que nos ha jugado el señor alcalde consiste no sólo en hacernos hablar de la copla andaluza, sino muy principalmente en que ello ha de ser en el mismo lugar y ocasión en que habéis oído la elocuente y autorizada palabra del maestro de todos: el señor Rodríguez Marín.

El señor Rodríguez Marín, día tras día y año tras año, con amor de poeta, con culto de devoto, con veneración de gran artista al ingenuo saber del pueblo, seleccionó y coleccionó primorosamente el rico caudal de los cantos populares españoles. Y el libro que compuso en aquella inteligente y delicada labor fué tan bello, tan sano y fuerte, que cuando el espíritu, fatigado de lecturas enfermizas, producto híbrido, artificial y tormentoso de efímeras modas literarias; cuando el espíritu busca sus páginas con anhelo, parece que se asoma al mar ó que sale al campo.

Y al mar se asoma para encontrar esta perla del mar de nuestros cantares andaluces, glosada é interpretada por cien poetas:

Aquí no hay naíta que vé,
porque un barquito que había
tendió la vela y se fué.

Y se asoma al campo para encontrar asimismo esta flor:

Todas las flores der campo
las cautiva er mes de Enero,
y en yegando Abril y Mayo
salen de su cautiverio.

Y huele á romero y tomillo, y los aires puros del campo y las salinas brisas del mar refrescan la frente y el alma. Y como en el preciado libro hay eco de las verdes montañas del Norte, y de los yermos campos de Castilla, y del recio y fuerte Aragón, y de la poética Andalucía, y de España toda, en fin, los ojos no se cansan de leer, y parece como que un sabroso airecillo de patria va moviendo y pasando las páginas en que el pueblo escribió sus penas, sus amores, sus celos, sus odios, su vida varia y pintoresca. Este libro, portentoso ya, será muy pronto portento de portentos, pues su autor, insaciable y avaro rebuscador de bellezas, va á acrecentarlo con nuevos y peregrinos tesoros de coplas, bien así como un perseguidor de mariposas de colores, que en cuantas halla sabe encontrar el precioso matiz que las distingue de cuantas hasta entonces vió.

El campo tiene sus flores,
y sus estrellas el cielo,
y sus arenas los mares,
y sus cantares el pueblo.

Precisamente, y concretándonos ya á lo que aquí nos toca, la gran dificultad de este trabajo — si ya no fuera bastante dificultad la de nuestra impericia y poco arte — estriba en que las coplas andaluzas son tantas, sin hipérbole, como las arenas del mar, las flores del campo y las estrellas del cielo. Y además de ser tantas en número, tienen también su misma imponderable y rica variedad de formas, luces y colores.

Sería temerario y ridículo pretender, en el poco espacio de que disponemos, daros algo más que una impresión fugaz y pasajera de la infinita diversidad de sentimientos íntimos y bellas expresiones que lleva en el alma y en los labios la musa popular andaluza.

Empezando por lo más exterior de la forma, por la estructura métrica de los cantos, vemos en ellos ya variedad muy graciosa. He aquí una copla de baile de sevillanas:

En lo que me entretengo
cuando estoy triste
es en oler la rosa
que tú me diste.
Aunque está seca,
me acuerdo de los tiempos
que estaba fresca.

He aquí ahora, por contraste de seguidillas, una gitana:

Subí á la muraya,
me respondió er viento:
¿Á qué vienen tantos suspiritos
si ya no hay remedio?

Oíd ahora una malagueña:

Si muero lejos de ti,
moriré con tu memoria;
pero si estás junto á mí,
habré yegao á la gloria
antes de salir de aquí.

Oíd una petenera:

La pena y la que no es pena,
todo es pena para mí:
ayer penaba por verte
y hoy peno porque te vi.

Escuchad una *soleariya:*

¡Mujeres!
Cuanto más bonitas son
más malas partías tienen.

Escuchad una *soleá*:

La vi por la serranía:
pintores no la pintaran
bonita como venía.

Y ya que dimos en la *soleá,* flor predilecta de los cantares andaluces, esencia pura del alma de aquel pueblo, hablemos de ella primeramente, siquiera sea poco.

La *soleá*, á cuya música, tierna y cariñosa, suelen adaptarse también coplas de cuatro versos,

Grande pena es la de un siego,
que no ve por dónde va;
pero mayor es la mía,
que no sé tu voluntá,

es por naturaleza de tres versos solos: breve y aérea:

Esta mujé está sembrá:
va derramando mosquetas
por dondequiera que va.

Así es la *soleá* clásica, pura y neta.

Dijo á la lengua er suspiro:
échate á buscá palabras
que digan lo que yo digo.

Algo que tiene el valor de una lágrima que resbala, de una queja que se da al aire, de una sonrisa que abre unos labios, de un beso furtivo ó traicionero.

La *soleá,* noble, tierna, fina, señoril, llena de gracia honda y de sentimiento espontáneo, pocas veces es cómica:

Tu madre, forforiyera,
y tu padre, esquilaperros:
¡vaya una gente fulera!

Con dificultad se tropieza en las *soleares* con

ejemplos de tan poco aristocrática gente. Ni con amadores de esta calaña:

Yo he venío de Sanluca:
er que quiere á una morena
hasta los deos se chupa.

Un hombre que viene de Sanlúcar á hacer esa importante revelación, sin duda es todo un hombre; pero es más bien héroe de zapateado que de *soleá*.

La *soleá* también es á veces resueltamente alegre y triunfadora:

¿Quién tirita habiendo guita?
¿Quién tiene la novia fea
habiendo tanta bonita?

Que, por cierto, es un punto de vista muy de estimar y muy recomendable. Á veces es graciosa, culta y galantemente graciosa:

¡Ajolá me den un tiro!
Con pórvora de tus ojos,
con bala de tus suspiros.

Ó esta otra:

¡Ajolá me caiga un rayo!
De los que van á la iglesia
de catorse á quinse años.

Á veces es delicadamente poética:

Cuando yo te quise á ti
se cuajaron los rosales
de rosas pitiminí.

Á veces es desgarradora como una herida abierta en el corazón:

¡Que venga el alba de veras!
¡Á ver si viniendo el alba
se alivia mi compañera!

Pero donde reside el verdadero espíritu de la *soleá,* donde se encierra su íntimo perfume, es en aquellas coplas á un mismo tiempo dulces y amargas, melancólicas y alegres á la par, flores de risa y lágrimas mezcladas en un sentimiento común: fruto natural del corazón humano, que ha de vivir eternamente entre lágrimas y entre risas. Entonces la *soleá* se asemeja á la hermosa cara de una muchacha que por celos ó desvío riñó con su amante, y lloró de pena, y luego que él la convenció y fascinó de nuevo, cuando ya vuelve la risa á su boca, aun quedan lágrimas en sus ojos:

No me yores, no me yores:
que yorando me pareses
la Virgen de los Dolores.

Ó esta otra, que tiene la arrogante alegría y la resolución tan clara y firme como loca de lo que hay que hacer por amor:

Vente conmigo y haremos
una chosita en er campo
y en eya nos meteremos.

Ó si no, ésta, para concluir:

Siéntate á la vera mía:
con eso tendrá mi cuerpo
un rayito de alegría.

Así como la *soled,* aun siendo generalmente como hemos dicho, ofrece tanto matiz y cambiante, la seguidilla gitana es, casi sin excepción, triste y dolorosa. Para hallar una dulce, apacible ya que no risueña, es preciso rebuscar mucho en la memoria.

Á canela y clavo
güele mi jazmín:
er que no güela á clavo y canela
no sabe estinguí.

Ésta es muy linda, ¿no es verdad? ¿Quién no tiene y cultiva un jazmín delicado, con olor á clavo y canela para su dueño, que cree que *no distingue* nadie que no acierte á apreciarlo como él lo aprecia?

Vaya también otra, no menos linda, á modo de consoladora excepción en el campo trágico de la seguidilla gitana:

No sarga la luna,
que no tie pa qué:
con los ojitos de mi compañera
yo me alumbraré.

Y vaya ahora, en fin, una que, como sus más

legítimas hermanas, nació entre penas y sollozos:

Penas tie mi mare,
penas tengo yo:
las de mi mare son las que yo siento,
que las mías no.

Cuantos pretenden ridiculizar el canto andaluz, sin conocerlo, porque si lo conocieran no lo pretenderían, hacen casi siempre de estas coplas, hondamente sentimentales y amargas, las más grotescas imitaciones. Son injustos. Debieran considerar por cima de todo que esos gritos del corazón, esos alaridos del alma, nacieron por manera espontánea, por la misma fuerza del dolor, ya en las frías camas de los hospitales, ya en los negros calabozos carcelarios, ya en los tugurios del hambre y la miseria, ya, sencillamente, en cualquiera parte ó lugar, de los tormentos y duelos de la vida.

Poesía engendrada en la sombra, flor del llanto, á la luz se quiebra y descompone. Y si esa luz no es la del día, sino la de una juerga tumultuosa y liviana, en donde el canto bello aparece convertido en negocio y su espontaneidad perdida y transformada en algo rutinario y frío, exagerado y violento, el aroma de la copla se pierde y su encanto se va.

Pero decidnos si hay ó no belleza en ésta,

que parece un sollozo de los últimos de una vida enamorada de otra vida:

¡Por Dios te lo encargo:
que con las sintas de su pelo negro
me amarren las manos!

Y escuchad esta otra:

Á la media noche
me despierto y digo:
er luserito que á mí me alumbraba
ya no está conmigo.

Dadle á la copla la interpretación que queráis. Si llora una ausencia temporal y el lucerito puede volver á brillar en la vida de quien la llora, bella es. Si la ausencia que llora es eterna y el lucerito es el hijo que se murió, la compañera que ya no ha de volver á verse, la copla es bellísima:

Á la media noche
me despierto y digo:
er luserito que á mí me alumbraba
ya no está conmigo.

Cuanto más dolor, más belleza.

Y ya que hablamos en defensa de estos cantares del dolor, fijaos en este que vamos á citaros, y que, si no es seguidilla gitana, fué inspirado por la misma musa doliente:

Se murió, y mi pañuelo
se lo puse por la cara,

por que no tocara tierra
boquita que yo besaba.

Y atended, por último, para no cansaros, á esta primorosa y delicada expresión de una pena infinita, lamento de la más honda y melancólica ternura:

¡Presiosa claveyinita,
yevada ar pie de la sierra!
¡Qué lástima de carita,
que se la coma la tierra!

¿Quién no ve en esta sencilla y poética evocación, tan profundamente compasiva, tan intensa y clara, á la niña enferma que al pie de la sierra fué á buscar en vano la salud por que suspiraba? ¿Quién no llora con el poeta popular?

Poetas cultos, los que, torturando vuestro cerebro, buscáis en la extravagancia la originalidad de la poesía, huyendo de la poesia verdadera, aquí la tenéis:

¡Presiosa claveyinita,
yevada ar pie de la sierra!
¡Qué lástima de carita,
que se la coma la tierra!

Ya dijimos al empezar que sería temerario intento el de ofreceros algo más que una somera impresión de la riquísima y varia poesía del pueblo andaluz. Nos hemos detenido un instante en la *soleá* y en la seguidilla gitana porque

es la *soleá* la más característica y genuina forma de esa poesía, y en la seguidilla gitana hay como un germen de todos esos cantares apesarados que tanto se discuten.

Imposible es entrar en particularidades de fondo ni de expresión. Sin embargo, no dejaremos de señalar una de éstas, por lo que tiene de original y porque viene á ser un sello peculiar y distintivo de nuestras coplas. Nos referimos al diminutivo. Cuando no sepáis bien la procedencia de un cantar, si en él hay un diminutivo siquiera en *illo* ó en *ito,* dadlo por andaluz:

En er campito yueve;
mi amor se moja:
¡quién fuera chaparrito
yeno de hoja!

Diminutivo que, siempre cariñoso, suele entrometerse en nuestras coplas hasta en algunos verbos:

¿Quién le ha *pegaíto* á mi padre,
que es un pobresito viejo
que no se mete con nadie?

Y en ocasiones, cuando el cariño se exalta más, el diminutivo se multiplica, como en esta linda copla de nana:

Niño chiquirritito
de pecho y cuna:

¿dónde estará tu madre,
que no te arruya?

Chiquirritito: ni chiquito, ni siquiera chiquitito. Había de ser chiquirritito, que es muchísimo más cariñoso.

Como lo es en ésta, que tiene alguna semejanza con otra recordada ya:

Muertesita la encontré:
como la vi tan bonita,
la carita le tapé.

El diminutivo cariñoso llega á no encontrarla muerta, sino *muertesita*.

Terminaremos, para no incurrir en el defecto de los aficionados al canto andaluz, que se ponen á cantar y no saben callarse nunca.

Y terminaremos ofreciéndoos desordenadamente, según acudan á nuestra memoria, varios cantares sueltos, de llanto, de celos, de amores, de requiebros, de risa, como flores cogidas al paso y al azar en un exuberante huerto sevillano, para que no dejéis de recibir siquiera sea aquella pálida impresión de que os hemos hablado de los infinitos colores y matices que enriquecen el bello y galano cancionero andaluz.

La mujer, naturalmente, es el objeto preferido de su musa; y la mujer graciosa, primero

que todas; y si sobre ser graciosa y mujer es morena, apaga y vámonos:

En pasando mi morena,
trompiesa to er que va etrás:
que va sembrando la caye
de terronsiyos e sá.

Fué indudablemente esta morena aquella que con una salivita no más de su linda y salada boca transformó la naturaleza del agua marina:

Antiguamente eran durses
las agüiyas de la má;
pero escupió mi morena,
y se gorvieron salás.

La predilección por las morenas llega tal vez á ser mortificante para las rubias:

Vale más lo moreno
de mi morena
que toda la blancura
de la asusena.

Sin embargo, la blancura de una mujer inspira esta sentidísima copla:

¡Blanquita como la nieve!
¡Qué lástima de gachí
que otro gachó se la yeve!

Á la cual puede ponérsele este reverso, de un hombre perseguido por una mujer que no le gusta:

Esta gitana está loca;
quiere que la quiera yo:

¡que la quiera su marío,
que tiene la obligasión!

Los ojos negros son comprometedores; son de un grave peligro:

Toditos los ojos negros
los van á prendé mañana:
tú, que negritos los tienes,
échate un velo á la cara.

Los ojos azules son también harto peligrosos, no obstante su aparente dulzura:

Esos ojitos asules
se los has robao ar sielo,
y ar sielo le darás cuenta
der mar que hisiste con eyos.

Atended á lo que dice un amante á su novia, celosa:

Como estás esta noche
tan selosita,
pareses una rosa
con espinitas.

Atended á lo que le canta otro á la suya, de su probable suegra:

Anda tu madre disiendo
yo no sé qué de mi honó:
¡como si tú desendieras
der señó gobernadó!

Ved si cabe mayor generosidad en este otro

amante, herido por el desengaño de una mujer ingrata:

Á la Virgen de los Reyes,
en la Puerta de los Palos,
le pedí por la salú
de la que me dió mar pago.

Hay que advertir que cuanto se le pide á la Virgen de los Reyes en aquella puerta es creencia firme que se obtiene en todos los casos.

El amor trae siempre consigo disgustos, inquietudes y cavilaciones:

Jaleo y más jaleo;
viendo que tú no venías,
eché una carta ar correo.

Y si así es el amor, el interés no le va en zaga:

Er dinero es un mareo;
aquer que tiene parné
es bonito aunque sea feo.

Oíd ésta, qué graciosa y pulida:

—Dime, rosita de Mayo,
¿quién te ha robao er coló?
—Un sordado de á cabayo
con palabritas de amó.

Y esta otra, que pinta el amor fraternal, fuente de miles de inspiraciones:

No me quiere naide:
con que me quiera mi hermaniyo er chico
tengo yo bastante.

No le pasa lo mismo á aquel que así se lamenta de su soledad en la vida:

¿Ande me arrimaré yo,
si no hay un pecho en er mundo
que quiera darme caló?

Las imágenes religiosas tienen en su corona ideal centenares de perlas. Vaya aquí la más conocida de todas:

Mira qué bonita era:
se paresía á la Virgen
de Consolasión de Utrera.

Vaya esta otra, de un poco más allá:

En Osuna está, señores,
la imagen más pelegrina
que pueden pintar pintores
con paper y tinta fina:
¡la Vinge de los Dolores!

Y no mereceríamos perdón de Dios ni de los hombres si olvidáramos aquí la misteriosa y desolada saeta:

En la caye la Amargura
Cristo á su madre encontró:
no se pudieron hablá
de sentimiento y doló.

Y este pueblo, que así venera á sus imágenes y así canta su sentimiento religioso, para los curas, para las monjas, y para los frailes

sobre todo, discurre los más punzantes epigramas:

Si los frailes comieran
chinas del río,
no estuvieran tan gordos
ni tan lusíos.

—

Camino de Seviya
van dose frailes;
todos yevan arforjas
chicas ó grandes.
Van dose monjas
en busca de los frailes
de las arforjas.

Finalmente, un andaluz castizo y neto canta de esta manera:

No quiero querer á nadie,
ni que me quieran á mí:
quiero andar entre las flores,
hoy aquí, mañana ayí.

Y esa conducta es la que hemos imitado nosotros en este caso. Sin detenernos mucho en ninguna, andar entre todas: de las rosas á los claveles, de las amapolas á los lirios, de los jazmines á las violetas, de los nardos á las campanillas.

Y puesto que de flores hablamos, como remate de estas pobres hojas con que hemos preten-

dido realzar la belleza de cuantas flores ofrecimos á vuestra consideración, vaya un pregón de flores:

Un jardín yevo en er braso:
marvalocas, sensitivas,
asusenas, siemprevivas.
Yevo las flores der laso,
yevo reseda y jarmines,
yevo la flor de la sera,
yevo quinse primaveras
cogidas en mis jardines.

—

Yevo lirios, yevo dalias,
yevo las marimoñitas,
las más bonitas de España.

Madrid, 5-4-910.

LA MUSA DE JUAN SOLDADO



Trabajo leído en el Centro del Ejército y de la Armada, de Madrid, en la velada organizada el 2 de marzo de 1911, por la Academia de la Poesía Española.



LA MUSA DE JUAN SOLDADO

Nuestra simpatía, en todos los aspectos de la vida, está siempre con los humildes: con el pueblo. Natural es, por consiguiente, que dentro del ejército esté con el soldado.

Ningún tributo rendido á la patria por los grandes, por los poderosos, por los aristócratas de la sangre ó del talento, por el mismo pueblo en sus diversas manifestaciones de actividad y vida, significa tanto ni tiene tan alto precio como la sangre ó las lágrimas de un pobre mozo, arrancado de un hogar que de él necesita, en nombre de un deber que él desconoce porque nadie se cuidó de enseñárselo.

Queremos, pues, por cariño y por simpatía hablar del soldado en esta ocasión, dedicándole algunas palabras — pocas, muy pocas; las que permiten la ocasión y el lugar, — á las coplas que alegran ó le hacen llevadera su dura vida de cuartel ó campaña; flores de una musa natu-

ral y sencilla, picaresca á ratos, á ratos tierna y conmovedora, y siempre ó casi siempre noble y generosa y resignada. Que así como nuestro amor y simpatía están preferentemente con el pueblo, como ya hemos dicho, también lo están con sus poetas anónimos, con los que cantan lo que del alma sale, sin más vestidura que la del propio natural sentimiento.

Deja el mozo de veinte años su casa para ir al servicio del rey, deja las tierras en donde hasta entonces fué libre, deja el dulce palique del amor naciente, y ya canta así:

Á servir al rey me voy:
el viento que da en tu puerta
son los suspiros que doy.

Y esta lindísima *soleá*, lamento de nostalgia y melancolía, se cruza en el aire con esta otra copla, que contrasta con ella por el desenfado y el donaire que la inspiraron:

Adiós, padre, y adiós, madre,
y adiós, novia, si la tengo;
que voy á pagarle ar rey
cuatro añiyos que le debo.

Coincidiendo con la desoladora despedida de los mozos, se oye también de labios de las mozas abandonadas este otro graciosísimo cantar:

Los quintos se van mañana,
se yevan los escogidos,

y las muchachas se quedan
con los que el rey no ha querido.

La resignación entra poquito á poco en el corazón del soldado, pero las madres... las novias... ¿cómo olvidarlas nunca?

Sordado soy, ¿qué remedio?
Así lo quiso mi suerte.
Y no me pesa er fusí,
pero sí dejá de verte.

Ese «¿qué remedio?» tan breve, encierra una gran fuerza de resignación; de convicción de que el deber de ser soldado es ineludible. Más aún: de que á veces, quizás el servicio, mal positivo y cierto, llamándole mal, libró á quien lo padece de mayores males posibles. La prueba es esta otra copla, que no debe de ser de ningún bisoño, sino de un veterano:

Para no ser soldados
muchos se casan,
y es más cruel la guerra
que luego pasan.
Y así hay casados
que dieran una oreja
por ser soldados.

El amor, como en todas partes, tiene en el cancionero de Juan Soldado poderoso influjo. ¿Y cómo no, si hay una mocita que á los soldados les brinda este piropo?

Sordadito lo quiero,
aunque supiera
que la noche de novios
se marcha fuera.
Que er der sordado
es el amor más durse
que yo he probado.

Halagadora opinión de la que sin duda participa aquella muchacha, de cuyas mejillas se llevó un soldado los claveles, y que pálida y pensativa se asoma á su reja:

— Dime, rosita de Mayo,
¿quién te ha robado er coló?
— Un sordado de á cabayo,
con palabritas de amó.

Porque, eso sí, sin menoscabo ni mortificación para ningún cuerpo, hemos de reconocer que la caballería se lleva la palma en estas lides amorosas.

Soldado lo quiero, madre,
pero no de infantería,
que la sal de los soldados
está en la caballería.

Escuchad, en pro de lo que decimos, hasta qué extremos llega la ilusión, la fantasía, el encanto, ó todo ello á la vez, de una zagala de Los Molares, ó del Coronil, ó de Los Palacios, ó de San Juan del Puerto, ó de Bollullos, ó de Utrera:

Sordado de á cabayo,
ponte la gorra,
que sin eya pareses
claver sin hojas.
Ya te la has puesto
y pareses con eya
claver compuesto.

Y ya que hablamos de mozas y mozos en sus amorosas relaciones, vayan á lo menos un par de coplas de las de preguntas y respuestas, que tanto abundan en el cancionero popular:

— Sordadito, sordadito,
¿qué yevas en la mochila?
— Yevo las armas der rey
y er corasón de una niña.

Y esta de otro estilo, que oímos no hace mucho tiempo cantar á un artillero con aire de jota, y que no puede ser más expresiva y enérgica:

— ¿De qué regimiento eres
que tan bien te sienta el ros?
— Del primero de montaña,
con más cañones que Dios.

Del lenguaje peculiar de campaña se han vestido también cantares amorosos muy bellos. He aquí uno de muestra:

Cuando vide á tus ojos
dije á los míos:
— Ya tenemos enfrente
los enemigos.

Respondió el alma:
— Ya están hasiendo fuego
las avansadas.

Y así, enumerando y copiando, podríamos seguir hasta rendirnos y hasta fatigar vuestra atención: que es vasto y fecundísimo el campo, y por doquiera brotan á manojos las florecillas. No hay en la vida varia y accidentada de guerras y cuarteles, momento, detalle ni matiz que no esté recogido en cien cantares diferentes.

Oíd éste, de uno que sentó plaza por no trabajar en su pueblo:

Senté plaza de soldado
sólo por no trabajar,
y ahora me están fastidiando
con el paso militar.

Ó éste, de otro que gusta de sentar plaza de bien distinta suerte:

Con ese delantal blanco
vienes publicando guerra,
y yo como buen soldado
siento plaza en tu bandera.

Encierran á un infeliz en un castillo por cualquier fechoría, y salta esta copla:

En un castillo me vi
prisionero entre cadenas,
y acordándome de ti
se me quitaban las penas.

Aprisionan en el moro á otro desgraciado, y salta esta que vais á oir, llena de ingenuo patriotismo:

Preso ar moro me yevaron,
y ar subí por la escalera
vorví la carita á España
para despedirme de eya.

Un enamorado truhán se escuda así en el respeto al superior para escurrir el bulto y no dejarse echar las bendiciones:

Sordado soy de á cabayo;
cuanto quieras te daré;
pero en tocando á casaca,
no quiere mi coroné.

Hay alguno que á la escasez del rancho le dedica este salado epigrama:

Si el comer poco es salud,
como dice aquel refrán,
los pobrecitos soldados
¡cuántos años vivirán!

Hay quien, en cambio, se considera poderoso y feliz con los cuatro cuartos que cobra:

Cuatro cuartos me da el rey
y con ellos como y bebo,
le pago á la lavandera
y me sobran tres y medio.

La musa de Juan Soldado es brava también y entra en batalla, y lanza sus cantos

aun en los momentos de mayor sobresalto y riesgo:

En la plaza se oyen tiros,
en la plaza se ha de entrar:
pena de la vida tiene
aquel que se vuelva atrás.

Ó este otro:

¡Vinge de Consolasión!
¡Que me matan á balasos
en medio der batayón!

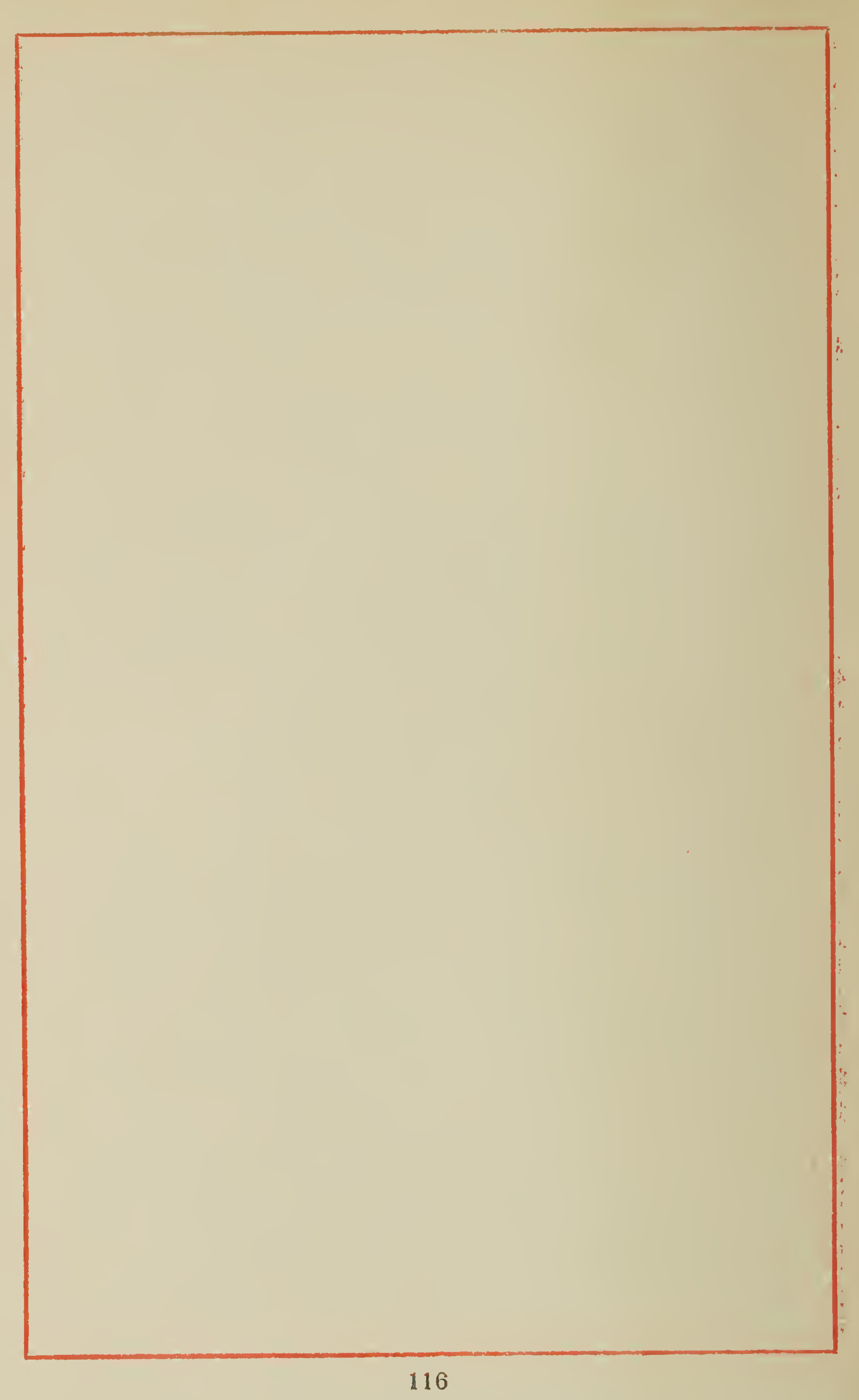
Y vaya, en fin, la última copla que queremos recordar aquí, de entre tantísimas como dejamos, por su alta significación y delicadeza. Está consagrada á una mujer, y dice así:

Eres delgada de talle
como junco de ribera:
eres en toda la calle
la que lleva la bandera.

Juan Soldado pone resueltamente su bandera en las manos para él más dignas de llevarla: en las de la mujer más hermosa de la calle; en la moza de sus amores; en la que es fina como junco de río... Imitemos todos á Juan Soldado, y pongamos siempre nuestra bandera allí donde estén nuestro más grande amor y nuestra ilusión más noble y más querida.

LA MEJOR COPLA

Poesía leída por María Guerrero en la función celebrada en el teatro Real, de Madrid, el día 3 de febrero de 1911, á beneficio del Real Dispensario Antituberculoso Reina Victoria.



LA MEJOR COPLA

En el descanso de una jornada,
que si fué dura, si fué sangrienta,
por la victoria fué coronada;
junto á la hoguera que los calienta,
enardecidos y decidores,
con fe en la vida y alma contenta
varios soldados cantan amores,
como quien quiere buscando flores
borrar el daño de la tormenta.
Harto seguro de su donaire,
toca uno de ellos una guitarra,
y una garganta que se desgarra
lanza esta copla que roba el aire:

La heridita que me han hecho
es chiquitita y es roja:
¡bendiga Dios esta herida
que me recuerda tu boca!

Con recios gritos y ¡oles! ardientes
al que ha cantado premia el corrillo:
porque la copla lleva á las frentes,
en su lenguaje puro y sencillo,
la imagen viva de las ausentes
cuyos retratos guarda el hatillo.
Y aun no repuestos los campeones
de esta alegría, que en sentimiento
tiene anegados los corazones,
cuando quejosa como un lamento,
de la vihuela siempre á los sones
salta otra copla que roba el viento:

Aquel beso de mi madre
me dió miedo de la guerra,
y en la guerra soy valiente
por devolvérselo á ella.

¡Amor de madre! Rico tesoro
que late dentro de las entrañas,
como en el centro de las montañas
oculto el oro:
al evocarte con voz dolida,
sienten los héroes como encendida
sobre su rostro, la intensa huella
de aquellos besos de despedida
que da tan sólo la boca de ella.
En algún pecho brota un sollozo;

algunos ojos anubla el llanto;
y al advertirlo sagaz el mozo
de los cantares, por el quebranto
volver en gozo,
para la Patria tiene este canto:

Que cuál patria era su patria
le preguntaron á Dios,
y sin pararse á pensarlo,
Él dijo que era español.

Estallan risas frescas y locas
de honda alegría;
gritan á un tiempo todas las bocas,
y amortiguando la algarabía
con su apostura serena y pía,
pasa una virgen de blancas tocas.
Lleva en sus ojos, dulces y bellos,
por el insomnio martirizados,
de amor cristiano claros destellos;
lleva sus dedos ensangrentados,
porque amorosos tocaron ellos
en las heridas de los soldados.
¡Amor de todos! Este es su emblema,
este su norte y este su aliento,
y amando á todos vive el poema
de la ternura y el sufrimiento.
La mira el mozo, su ardor extrema,

y con el alma puesta en su acento,
canta esta copla, que luego el viento
lleva á más alta región suprema:

La caridad no pregunta
ni los nombres ni las tierras:
como la mar llama al río
el llanto la llama á ella.

Canto de penas del mundo entero,
por generoso, por lastimero,
conmueve á todos... Noble y augusta
sigue la hermana por el sendero.
Y otro muchacho dice al coplero
con voz velada, pero robusta:
—Tengo una patria, por la que muero;
tengo una novia, que es un lucero;
tengo una madre cristiana y justa,
y, sin embargo, mi compañero,
ese es el canto que yo prefiero,
¡esa es la copla que más me gusta!

Madrid, enero de 1911.



LLANTO PIADOSO

Á UNA NIÑA MIMADA

Poesía leída en el teatro de San Fernando, de Sevilla, el 12 de mayo de 1911, en función á beneficio del Consultorio de Niños de Pecho de la capital andaluza.



LLANTO PIADOSO

A UNA NIÑA MIMADA

De su belleza dijo un poeta
que es una rosa con alma y vida;
su tez es blanca, sus ojos negros,
su boca grana como la guinda;
su frente es pura y es luminosa
como el lucero que apaga al día;
ni en los palacios de las leyendas,
ni en los ensueños de los artistas
hay hermosura que la aventaje...
Y, sin embargo, llora la niña.

Es su capricho tirana ley:
cuanto pretende, cuanto imagina,
ve convertido por sus mayores
en realidades para su dicha;
pájaros libres en otros cielos,
en sus balcones viven y trinan;
flores ardientes de extrañas tierras

en sus cabellos dejan la vida:
cuanto ambiciona, cuanto consigue...
Y, sin embargo, llora la niña.

Descansa en lecho tan vaporoso,
que más parece barca de ninfas;
sólo en alfombras que fingen flores
sus pies menudos sin ruido pisan;
lienzos y estatuas, del arte orgullo,
hallan sus ojos por donde miran;
grandezas muertas, recuerdos santos
guarda el palacio como reliquias;
la gloria humana vive con ella...
Y, sin embargo, llora la niña.

En sus jardines se abren las flores
cuando su mano las acaricia;
allá á la tarde, por que las sombras
no la entristezcan, cantan y pían
entre las frondas los ruiseñores,
sobre su frente las golondrinas;
por que su imagen contemple en ellas
aquieta un lago sus claras linfas;
la luna sale cuando ella asoma...
Y, sin embargo, llora la niña.

¿Que por qué llora quien tanto tiene?
¿Tú no comprendes que triste viva?

¿Te ha interesado? ¿Te ha conmovido
su inexplicable melancolía?
Pues oye atenta, que estos secretos
saberlos deben las niñas ricas:
llora la niña, porque una tarde,
por el palacio que la cobija,
por el alcázar de sus tesoros,
donde su anhelo rige y domina,
pasó una madre, mujer humilde,
flor deshojada, rosa marchita,
que entre sus brazos, trono del mundo,
llevaba un niño que se moría.
Y supo al verla que hay quienes nacen
en tierras faltas de jugo y vida,
y la que tienen la van dejando
por un camino lleno de espinas.

Miró en su torno, pensó en su alcázar,
sintió lo inmenso de la injusticia,
y de una fuente para ella ignota
saltaron perlas á sus pupilas.
De entre sus trenzas, una esmeralda,
luz de esperanza que allí lucía,
le dió á la madre, que al recogerla
llenó su mano de luz divina.
Fué la limosna dulce consuelo
para una y otra: beso que unía
la bella rosa del rico alcázar

y la doliente rosa caída.
Siguió la madre su senda triste;
quizás en calma quedó la niña;
mas desde entonces, cuando contempla
el blando suelo por donde pisa,
los ricos muros que la defienden,
los esplendores que la iluminan,
piensa en la pobre rosa tronchada,
piensa en el niño que se moría,
y brota llanto para sus ojos
de aquella pura fuente escondida.

¿Te has puesto triste? Triste es la historia;
pero te enseña que en la desdicha
es la limosna bálsamo dulce,
y un beso puede cerrar heridas.
No olvides nunca, niña mimada,
por qué en su alcázar llora la niña.
Y otra velada te contaremos
algo que lleve más alegría.

INDICE

Acabóse
de imprimir este libro
en Barcelona, en casa de D. Fidel Giró,
á 31 de mayo
de 1911.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

Esgrima y amor, juguete cómico.
Belén, 12, principal, juguete cómico.
Gilito, juguete cómico-lírico. Música del maestro Osuna.
La media naranja, juguete cómico.
El tío de la flauta, juguete cómico.
El ojito derecho, entremés.
La reja, comedia en un acto.
La buena sombra, sainete en tres cuadros, con música del maestro Brull.
El peregrino, zarzuela cómica en un acto. Música del maestro Gómez Zarzuela.
La vida íntima, comedia en dos actos.
Los borrachos, sainete en cuatro cuadros, con música del maestro Giménez.
El chiquillo, entremés.
Las casas de cartón, juguete cómico.
El traje de luces, sainete en tres cuadros, con música de los maestros Caballero y Hermoso.
El patio, comedia en dos actos.
El motete, pasillo con música del maestro José Serrano.
El estreno, zarzuela cómica en tres cuadros. Música del maestro Chapí.
Los Galeotes, comedia en cuatro actos. Traducida al italiano con el título de *I Galeoti* por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
La pena, drama en dos cuadros. Traducido al italiano con el mismo título por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
La azotea, comedia en un acto.
El género ínfimo, pasillo con música de los maestros Valverde (hijo) y Barrera.
El nido, comedia en dos actos. Traducida al catalán con el título de *Un niu* por Joaquín María de Nadal.

Las flores, comedia en tres actos. Traducida al italiano con el título de *I fiori* por Giuseppe Paolo Pacchierotti.

Los piropos, entremés.

El flechazo, entremés.

El amor en el teatro, capricho literario en cinco cuadros, prólogo y epílogo.

Abanicos y panderetas ó ¡A Sevilla en el botijo!, humorada satírica en tres cuadros, con música del maestro Chapí.

La dicha ajena, comedia en tres actos y un prólogo. Traducida al alemán con el título de *Das frende Glück* por J. Gustavo Rohde.

Pepita Reyes, comedia en dos actos.

Los meritorios, pasillo.

La zahorí, entremés.

La reina mora, sainete en tres cuadros, con música del maestro José Serrano.

Zaragatas, sainete en dos cuadros.

La zagala, comedia en cuatro actos.

La casa de García, comedia en tres actos.

La contrata, apropósito.

El amor que pasa, comedia en dos actos. Traducida al italiano con el título de *L'amore che passa* por Giuseppe Paolo Pacchierotti.

El mal de amores, sainete con música del maestro José Serrano.

El nuevo servidor, humorada.

Mañana de sol, paso de comedia. Traducido al alemán con el título de *Ein sonniger Morgen* por Mary v. Haken.

Fea y con gracia, pasillo con música del maestro Turina.

La aventura de los galeotes, adaptación escénica de un capítulo del *Quijote*.

La musa loca, comedia en tres actos.

La pitanza, entremés.

El amor en solfa, capricho literario en cuatro cuadros y un prólogo, con música de los maestros Chapí y Serrano.

Los chorros del oro, entremés.

Morritos, entremés.

Amor á oscuras, paso de comedia.

La mala sombra, sainete con música del maestro José Serrano.

El genio alegre, comedia en tres actos. Traducida al italiano con el título de *Anima allegra* por Juan Fabré y Oliver y Luigi Motta.

El niño prodigio, comedia en dos actos.

Nanita, nana..., entremés con música del maestro José Serrano.

La zancadilla, entremés.

La bella Lucerito, entremés con música del maestro Saco del Valle.

La patria chica, zarzuela en un acto. Música del maestro Chapí.

La vida que vuelve, comedia en dos actos.

A la luz de la luna, paso de comedia.

La escondida senda, comedia en dos actos.

El agua milagrosa, paso de comedia.

Las buñoleras, entremés.

Las de Caín, comedia en tres actos.

Las mil maravillas, zarzuela cómica en cuatro actos y un prólogo. Música del maestro Chapí.

Sangre gorda, entremés.

Amores y amoríos, comedia en cuatro actos.

El patinillo, sainete con música del maestro Gerónimo Gimenez.

Doña Clarines, comedia en dos actos. Traducida al italiano con el título de *Siora Chiareta* por Giulio de Frenzi.

El centenario, comedia en tres actos.

La muela del rey Farfán, zarzuela infantil, cómico-fantástica. Música del maestro Amadeo Vives.

Herida de muerte, paso de comedia.

El último capítulo, paso de comedia.

La rima eterna, comedia en dos actos inspirada en una rima de Bécquer.

La flor de la vida, poema dramático en tres actos.

Palomilla, monólogo.

Solico en el mundo, entremés.

Rosa y Rosita, entremés.

Pompas y honores, capricho literario en verso por *El Diablo Cojuelo*.

La madrecita, novela corta.



3 pesetas